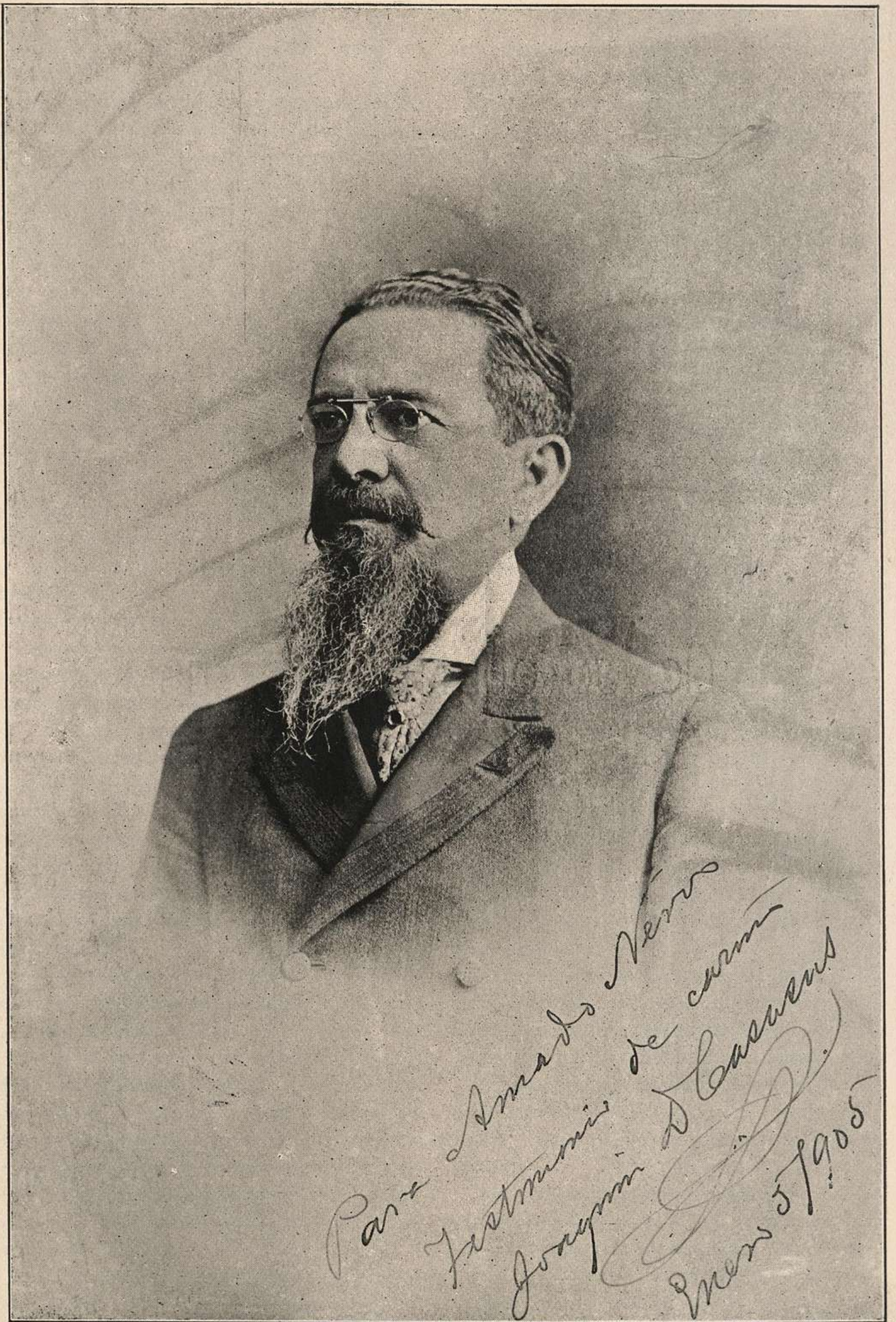


LIC. JOAQUIN D. CASASUS.



SR. LIC. JOAQUIN D. CASASUS,
Nombrado Embajador de México en Washington.

JUNIO DE 1905.

REVISTA MODERNA DE MEXICO

NUESTRO EMBAJADOR EN WASHINGTON

Nuestro Gobierno, con un tino que todo el país le reconocerá, sin duda, acaba de nombrar Embajador de México en Washington al Lic. D. Joaquín D. Casasús.

Nuestra embajada en Washington, nuestra única embajada, es el puesto por excelencia que tenemos en el extranjero, el más delicado, el más brillante, el más laborioso. Se necesitaba para él un hombre de grandes antecedentes, un hombre notable. De esta manera se honraba delicadamente á la nación amiga, que de tanta galantería y tanta fineza nos había hecho objeto con motivo de la muerte del Embajador Azpiroz. Ahora bien, el señor Casasús llena perfectamente las condiciones arriba indicadas, y el aplauso unánime del país va á responder dentro de poco á la fina elección del Gobierno.

La voz pública que los filósofos antiguos designaban como la voz de Dios (vox populi vox Dei) y que tiene intuiciones y aciertos notables, señalaba hace

tiempo al Lic. Casasús como el más idóneo candidato para Embajador de México en la gran República vecina.

Pero al propio tiempo se pensaba que no podría admitir ese puesto. La magnitud de sus negocios, la importancia de su bufete, que es, sin duda, el primero de la República, hacían suponer que vacilaría, cuando menos, en aceptarlo.

El Señor Casasús no ha vacilado. Todos sus amigos conocemos su desinterés, su espléndido desinterés de gran señor, y todos sabemos que es de los que aman á su país, no con ese amor de exaltaciones, de patriotería, de gritos y sombrerazos, sino con ese amor sereno, serio, reflexivo, fuerte, de los hombres superiores y que á ninguna costa le negaría todo su esfuerzo, toda su labor, toda su vida....

La vasta ilustración de este hombre, cuya alma múltiple ha sabido penetrarse de enseñanzas tan diversas; de conocimientos tan variados; que se sabe tan á fondo y

tan cultamente la literatura clásica y la literatura moderna; que con la misma elegancia vierte al español á los grandes latinos y á los grandes poetas sajones contemporáneos; que descuella de tan visible manera en ciencias sociables y políticas; á quien conocen bien en Europa y Estados Unidos como hombre de estudio, hará de nuestra Embajada en Washington algo análogo á lo que ha hecho de su casa en México: el núcleo natural y forzoso de todos los intelectuales hispano-americanos.

Decía la princesa de Asturias, recientemente muerta:

—Cuando mi madre nombraba ó mi hermano D. Alfonso nombra un nuevo Embajador, lo primero que yo he preguntado con interés, es: “¿quién es su esposa?” Porque juzgo que de ella depende en buena parte el éxito de la misión diplomática.”

Y en la corte de Francia pudo decirse que los encantos de la señora de Kerroual habían hecho más por el país en la corte de Carlos II de Inglaterra que un congreso de paz.

Ahora bien, la dama que comparte con el Lic. Casasús las penas y las alegrías de la vida, la angelical Catalina, que es tan querida en México, á quien por herencia y por alianza viénele el amor á todo lo que es bueno y bello; la guapa dama, cuyo dulce y afable tipo de matrona romana á todos conquista, cuya gracia y distinción ingénita á todos encantan, que ha sabido hacer de su amplia y radiante casa de la tercera de Humboldt el centro obligado de todos los que cultivan las bellas letras; la amiga bien amada de los poetas, en fin, será, sin duda, la embajadora por excelencia. Y su colaboración de gracia, de tino, de elegancia, de cultura en la labor de su esposo, harán de sus salones de la metrópoli americana, el más bello, más noble y simpático pedacito de México que pueda soñarse.

Dejarán ambos esposos en México un hueco muy hondo. Muchos espíritus les seguirán pensativos en el viaje. Pero también muchos regocijos responderán á sus triunfos en la nación vecina y amiga.

AMADO NERVO.





SRA. CATALINA ALTAMIRANO DE CASASUS.
Nuestra futura Embajadora en Washington.

DE SOBREMESA

Fué en el pequeño comedor discreto
del restaurant. ¿Te acuerdas? Callo y sigo.
Quiero guardar al fin ese secreto
que sólo á ti te pertenece. —Digo
que aquella noche, al terminar la cena,
tú con proyectos vagos y perversos,
yo con el alma de recuerdos llena,
cogí la pluma y escribí estos versos:

Has sido un episodio del drama de este día. . . .
Tu boca ha sido mía. . . . De otro será después. . . .
Al terminar la cena me dió la flor su aroma.
No pienses más y toma la vida tal cual es.

Tienes quince años. Eres obrera y cortesana. . . .
Si en pos de pompa vana tus entusiasmos van,
No evoques los espectros amargos de la bruma
Y bebe con la espuma tu copa de champagne.

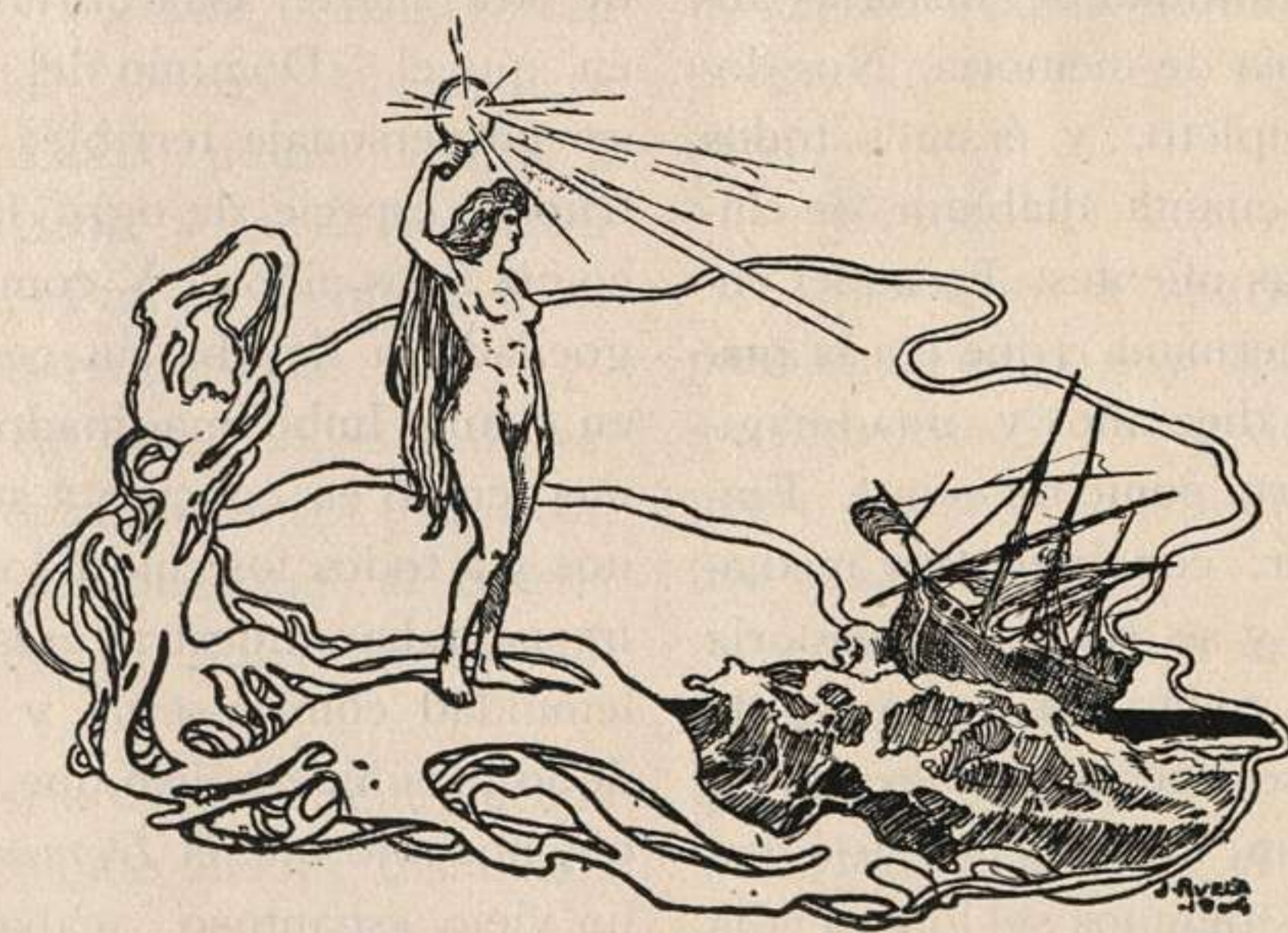
Tus ojos en que brilla la luz de las auroras
se velarán, si lloras, con impalpable tul,

Y flotará un recuerdo sobre nuestra ventura
Como una barca obscura sobre la mar azul. . . .

Escucha los rumores que de los Bulevares
suben como cantares hasta este canapé,
y libre de tus penas sonríe y dame un beso,
porque la vida es eso: cigarro, humo y café.

MANUEL UGARTE.

París, 1905.



OTRAS VIDAS

“EL DOMINIO DEL CANADÁ”

Mi hermana Gabriela, nos dijo Luis, era lo que se llama una alhaja y de lo más fino. Alborotadora, traviesa con inventiva, pizpereta y audaz, tenía eternamente con un Jesús en la boca á todos los de la casa. Mis hermanos y yo la adorábamos por su carácter alegre, por su desplante, por la inagotable verba con que nos entretenía, por la cantidad de historias absurdas que se sabía de memoria. Nos dominaba por completo, y éramos todos sus cómplices en cuanta diablura de chiquilla le venía á las mientes. En aquel entonces tenía mi hermana (que era la mayor de la familia) diez años y una imaginación tan despierta como de veinte. Empezaba á aprender, con éxito muy mediano, la geografía, y se sabía de memoria los nombres de todas las naciones de América, sin darse cuenta muy exacta de lo que significaban, ni de lo que designaban. En aquellos tiempos se lo aprendía uno todo de corrido y llegaba al último año de escuela, habiendo hecho prodigios de memoria y sin un solo conocimiento serio.

Un día, mi hermana encontró en su lección de geografía esta denominación: «El Dominio del Canadá.» No entendió, naturalmente, lo que significaba *dominio*; lo de *Canadá* la dejó un poquillo pensa-

tiva; la designación completa, *Dominio del Canadá*, le sonó de una manera peregrina en el oído, y llevada por la más divertida asociación de ideas (lógica quizá dentro de esos vericuetos misteriosos de la memoria, de lo *subconsciente* ó *subliminal*, como se estila decir ahora, ó quizás atrabiliaria del todo, pero, de una ó de otra suerte, asaz curiosa), dió y tomó en que el «Dominio del Canadá» debía ser un personaje terrible, un viejo monstruoso, especie de ogro famélico, que se comía á los niños. Y como su natural regocijado la llevaba sin cesar á la broma, en cuanto hubo imaginado esta atrocidad, nos reunió en concilio á sus cinco hermanos y á todos los chiquillos del barrio que frecuentaban nuestra casa, y con una solemnidad cómico-seria, y en un lenguaje de lo más hiperbólico que ustedes quieran oír, nos dijo que el *Dominio del Canadá*, un viejo espantoso, acababa de llegar al pueblo y que aquella noche mismísima iría á nuestra casa á hacernos una visita. Todo el cotarro de mocosos nos echamos á temblar y, llenos de curiosidad, abrumamos á preguntas á la farsante Gabriela.

—¿Cómo es el Dominio?

—¿Nos comerá crudos?

—¿Viene solo ó acompañado?

Gabriela respondía á cuantas pregun-

tas le hacíamos, con una fertilidad de palabra y de imaginación dignas de mejor suerte: el Dominio era un hombre gigantesco, vestido de negro, muy moreno, con una barba alborotada que le llegaba al pecho. Era tan horrible, que al verlo los niños, caían muertos de alferecía. Cuando llegara, deberíamos saludarle diciéndole: «¡Buenas noches, Sr. D. Dominio!» Esto sin alzar los ojos, y en seguida á callar y á dejar que él hablara é hiciera lo que quisiera, inclusive apoderarse de cualquiera de nosotros para su cena de aquella noche. Se alojaría el Dominio en un cuarto obscuro donde se guardaban los trebejos de la casa, y nosotros esperaríamos su visita en el corredor inmediato, al cual daba una de las puertas de ese cuarto.

Si he de decir verdad, nuestro natural temor iba mezclado con una buena dosis de curiosidad: ¿pues qué, era moco de pavo eso de tener la oportunidad de ver á *D. Dominio del Canadá*, caballero tan principal sin duda? Y luego, que pudiera ser que al fin y al cabo no nos comiese á ninguno de nosotros, y hasta acontecer que, en realidad, el tal D. Dominio fuese la propia Gabriela en persona. . . .

Sin embargo de estas dudas y de estos precoces escepticismos, sea dicho con franqueza: las emociones que al caer la tarde nos embargaban, no eran para contadas.

A eso de las seis y media, una docena de muchachos, cuando menos, instalados frente á la puerta del cuarto obscuro por donde debía salir el Dominio del Canadá, esperábamos la visita, sentados en un gran canapé de madera pintado de verde, hablando en voz muy baja, entrecortada por tal ó cual nerviosa risita á la sordina, semiburlesca, semirrecelosa. De cuando en cuando, Gabriela, que mantenía cerrada la puerta de la pieza en que se había confinado con una criada, única confiden-

te de sus manejos, nos gritaba entreabriendo apenas las maderas: «¡Ya va á llegar el Dominio!» Y nosotros, con un estremecimiento de curiosidad, nos apretábamos unos contra otros y esperábamos. . . .

Como á las siete de la tarde, y cuando ya nuestra paciencia empezaba á agotarse y la tensión nerviosa era insoportable, la puerta se abrió y apareció en el umbral un figurón entrapajado, cubierta la cara con una máscara de barro, de lo más gesticulante y horroroso que verse pueda, y lanzando un aullido, al cual respondimos todos con un ¡ah!, mezcla de espanto y de desahogo, púsose á recorrer con pasos solemnes el espacio libre que nos separaba de la puerta. . . .

Después de algunos minutos de zozobra, durante los cuales el increíble personaje no había devorado á nadie, limitándose á pasear rugiendo de un modo espantoso frente al público infantil, mi hermano Daniel—¡alma heroica! —se atrevió á preguntar, eso sí, con voz débil y medrosilla:

—¿Es usted D. Dominio?

—¡No! gritó la aparición, que dió un paso hacia él; yo soy apenas el último de sus criados». y desapareció por el negro hueco de la puerta, que se cerró tras ella.

—¡El último de los criados de D. Dominio, exclamó Daniel, y ya ven ustedes qué horrible es!

—¿Pues cómo será el Dominio!. . . . sugirió Lola, una chiquilla de la vecindad, que daba diente con diente.

—¿Cómo será el Dominio? . . . repetimos todos, agitándonos en el canapé.

Tras otro cuarto de hora de espera, la puerta se abrió de nuevo y el personaje de marras, vestido aún más estrafalariamente, y medio envuelto en un cobertor rojo, al cual, ligándolo con unos bramantes, había arreglado unos cuernos, salió au-

llando más desafortadamente que la primera vez.

Pasados los primeros momentos de estupor, Daniel volvió á interrogarlo:

—¿Es usted el Sr. D. Dominio?

—¡Nooooooooo! bramó el fantasma; soy apenas el segundo de sus criados. . . .

Dicho lo cual, desapareció y *quedó apes-
tando á azufre. . . .*

—¡El segundo de los criados del Dominio!!! tornó á exclamar Lolita; ¿Pues como será el Dominio en persona!!!!. . . .

—¿Cómo será el Dominio en persona? —íbamos repitiendo todos.

Algunos minutos después, la puerta volvió á abrirse, y el fantasmón, provisto de una larga cola, de un bonete de papel puntiagudo y llevando sobre el pecho una zalea crespa y obscura, surgió de nuevo de la sombra, berreando hasta desgañitarse. . .

¿Es usted el Dominio?—preguntó una vez más Daniel, apeando al personaje el tratamiento de Don (lo cual prueba que con todo se familiariza uno, hasta con el Dominio del Canadá), y éste respondió:

—¡Nooooooooooooooooo! Soy apenas el primero de sus criados. . . .

Apareció aún, todavía más terrible, el primo del monstruo, luego el tío, luego el hermano, luego el padre. . . El Dominio no llegó á aparecer. Debía ser tan tremendo, que ningún disfraz satisfizo probablemente á Gabriela, la cual, artista inconsciente, tuvo miedo de desilusionarnos si encontrába-

mos al Dominio inferior á nuestro espanto, y acertó con sus gradaciones ingeniosas á dejarnos suspenso el ánimo, llenos aún de la ansiedad de lo inesperado, con un mundo de conjeturas en la cabeza, conservando al personaje todo el enigmático prestigio que ella había sabido darle, y preguntándonos todavía una semana después, durante la cual en vano pedimos á la muchacha la repetición de la visita:

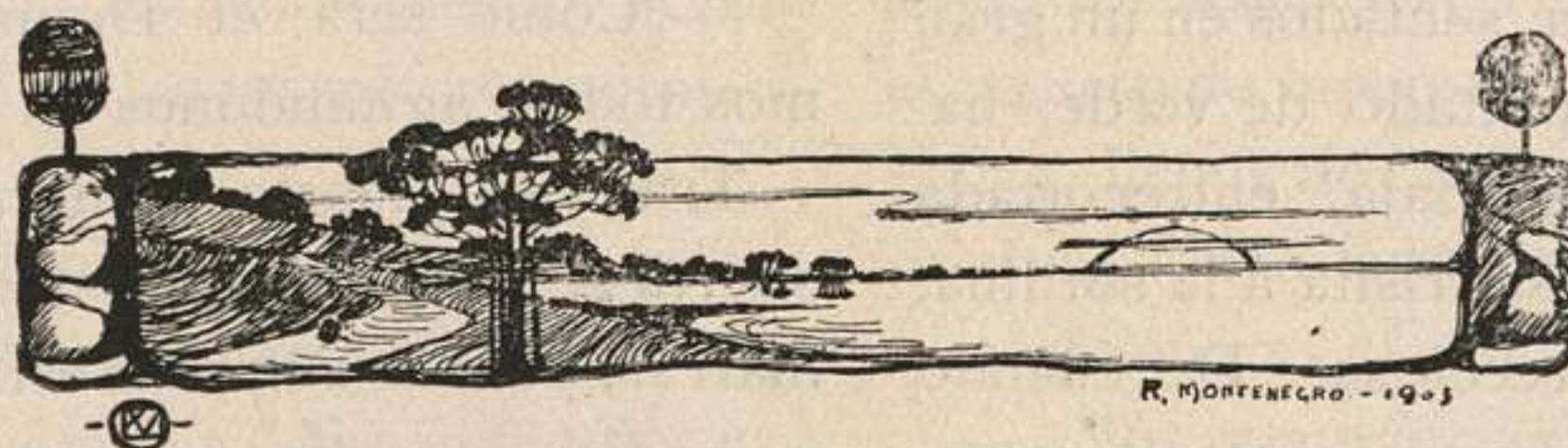
—Si así eran sus criados y parientes, ¿cómo sería el Dominio del Canadá?

* * *

¡Ah! mucho ha llovido y granizado desde entonces, añadió Luis; mi hermanita Gabriela murió poco después, de una fiebre escarlatina, y ¿qué quieren ustedes? el torbellino de mi vida me ha hecho olvidarla. Sin embargo, basta que oiga ó lea en cualquier parte esta designación geográfica: «El Dominio del Canadá,» para que, como un telón que se descorre ante una escena, mi vieja memoria me muestre con claridad deslumbradora la puerta misteriosa, el personaje terrible, el canapé verde en que doce criaturas se agrupaban asustadas, y la voz medrosa de Lolita, exclamando:

—¡Si así son sus criados. . . . cómo será el Dominio del Canadá?.

AMADO NERVO.



EN EL PARQUE

Es la hora apacible del recuerdo, de las esperanzas sin forma, de la meditación. ¡El crepúsculo!..... Viejo mago que apareces entre la azul transparencia de la tarde, vas cubriendo de sombra el parque silencioso y envuelves mi espíritu en un velo de indefinidas tristezas!

¡Trágico rey que surges entre lavas de sangre y expiras lánguidamente, coronado por las primeras estrellas!

Cuando mueres en tu lecho de raso, ¡oh tarde otoñal! suspira la hojarasca, solloza el viento, van callando los nidos y en mi alma despiertan muchas olvidadas ó presentidas ternuras, muchos besos extinguidos ó no dados aún, muchos amores.....

La noche enreda entre los álamos su enorme cabellera bruna. El sátiro de la fuente se inflama entre el follaje con un rayo de sol. Luego el color se borra y las formas se pierden.

Y con la cabeza entre las manos pienso en todo lo que se consume, en todo lo que se apaga; en la mezquindad de la gloria, en lo efímero de la felicidad, en lo corto de la juventud... Y la noche llega....

Camino, con la profunda melancolía de aquel anochecer, por la negra alameda solitaria.

En el poniente sólo brilla un cárdeno fulgor y en el estanque un tembloroso y pálido reflejo crepuscular.

EDUARDO COLÍN.



SOLO!.....

A D. Luis D. Molina.

En la sombra,
 cuando empiezan á encenderse las estrellas,
 yo no sé (en el misterio) quién me llama, quién me nombra,
 oigo pasos tras mis huellas;
 y á la luz—polvo de plata—
 de la suelta cabellera de la luna, que me miran
 unos ojos muy profundos y muy negros, y dilata
 su tristeza mi suspiro en los céfiros que giran.
 La campana lejos, lejos,
 á los últimos reflejos
 de la tarde,
 lanza y llora su sonata de plegaria.
 Vésper surge, treme y arde
 solitaria.
 Alguien habla á mis oídos á las veces,
 y á la pálida vislumbre
 cabecean melancólicos los sonámbulos cipreses.
 En el cielo cuánta lumbre!
 En mi alma
 sombra, sombra, sombra y sombra;
 en el seno de la noche, cuánta calma!
 ¿Quién me llama? ¿quién me nombra?.....
 Su recuerdo! que persiste,
 que me agobia de tristeza;
 y *ella* pasa también triste
 y se prende como nimbo de piedad á mi cabeza!

JESUS E. VALENZUELA.

ALONE!

DE "ALMAS Y CÁRMENES"

In the shadow,
 When the stars begin to burn amid the heavens,
 Ah, I know not (in the silence) who is calling—my name calling—
 Whose the step I hear beside me;
 Through the moonlight—powdered silver
 From the moon's loose —flowing tresses, mournful eyes are gazing at me,
 Eyes so deeply, darkly sombre—oh so sad! they set me sighing,
 And my sighs are swelled and wafted on the breezes faintly blowing;
 While the bells—how distant—distant—
 To the pallid, faint reflection
 Of the sunset,
 Wail and weep their sad sonatas—pleas to Heaven.
 Vesper rises, trembles, blazes,
 Solitary.
 Some one whispers here beside me in the twilight,
 In the ghostly, fading twilight;
 And the sad, somnambulistic cypress shivers in the night wind.
 In the heavens—how much splendor!
 In my spirit
 Shadow—shadow—shadow and shadow:
 In the night's maternal bosom how much slumber!
 Who is calling—my name calling?
 This her memory still insistent,
 Filling all my soul with sadness;
 And She too in sadness passes,
 Stoops and hovers, like a nimbus fraught with pity, round my forehead.

(Translated from the Spanish of JESUS E. VALENZUELA
 by Owen Wallace, de Boston).

COMISION NACIONAL DEL CENTENARIO DE JUAREZ

CONVOCATORIA

La Comisión Nacional del Centenario del Juárez ha creído que, entre las manifestaciones que se promuevan, debe haber algunas de carácter duradero que perpetúen la memoria de aquel ilustre patricio, y graben en el espíritu del pueblo el recuerdo de sus hechos. Los que toman parte en el movimiento intelectual de México, son los más adecuados para comprender la trascendencia de la obra del Reformador, para darla á conocer entre las masas, y para hacer amar y respetar la figura privilegiada del Caudillo de la libertad y del salvador de la patria. La Comisión, pues, convoca á todos los escritores mexicanos á un concurso Literario, conforme á las siguientes

BASES:

1.^a Los temas que se han de desarrollar y los premios que se han de discernir serán los siguientes:

A. Biografía popular de Juárez. Este tema tiene por objeto principal el estudio de la personalidad de Juárez en las diferentes facetas de su vida; la influencia que esta personalidad, el carácter de aquél y su fe profunda en la libertad, ejercieron en los acontecimientos históricos en que Juárez tomó participación.

Se recompensará con un premio de (\$5,000 00) cinco mil pesos, al escritor que presente el trabajo que, por su claridad, copia y exactitud de noticias y dotes de difusión, cumpla más satisfactoriamente con su objeto, en opinión del jurado.

B. Estudio histórico sociológico sobre la Reforma en México; sus caracteres, considerado como un sistema de organización de la sociedad mexicana en el orden moral, social y político; sus consecuencias examinadas á la luz de la transformación de la República Mexicana.

Se recomienda que, sin desconocer los elementos generadores de la Reforma, anteriores al Plan de Ayutla, sólo breves líneas se destinen á esa faz de nuestra historia, para limitar el estudio al movimiento político iniciado con el triunfo del Plan de Ayutla, y con la expedición de la ley Juárez que abolió los fueros militar y eclesiástico.

Este tema, aunque tiene puntos de contacto con el anterior, no se debe confundir con él. El objeto del primero, es la personalidad de Juárez. El del segundo, es el movimiento político, obra del partido liberal; es la forma que, en la Constitución de 1857 y en las leyes de Reforma, tomó la libertad en México; es la fórmula del progreso contenida en estas leyes y en aque-

lla Constitución que ha estado y sigue ejerciendo su influencia en el transcurso de los tiempos.

Se dará un premio de tres mil pesos al mejor estudio.

C. Poesía en honor de la vida y obra de Juárez.

Se dará un premio de dos mil pesos á la poesía que fuere escogida por el jurado calificador.

2.^a Los respectivos jurados estarán autorizados para premiar con *accésits* y menciones honoríficas las composiciones que, á su juicio, fueren acreedores á ellas, como lo estarán, igualmente, para no conceder premio á ninguna composición si en su concepto no lo merecieren.

3.^a Se recomienda á las personas que tomen parte en el concurso para los temas primero y segundo, que sus composiciones no excedan de doscientas páginas en cuarto menor, tipo entredós.

4.^a Todos los trabajos serán inéditos y escritos en lengua castellana, y llevarán un lema ó contraseña que corresponda al que ha de constar en un sobre cerrado que contendrá el nombre y dirección, claramente especificados, del autor del trabajo. Si se faltare á cualquiera de estas condiciones, el trabajo presentado será excluido del concurso.

5.^a El plazo para presentar los trabajos expira el día 30 de Noviembre de 1905. Los jurados pronunciarán su fallo á más tardar el 31 de Enero siguiente, y éste se publicará desde luego; pero las recompensas se entregarán el día y hora que designe la Comisión del Centenario, en solemnidad especial y conforme al programa que se acordará oportunamente.

6.^a Como el objeto de este concurso no es sólo estimular á los escritores mexicanos á hacer el estudio de la gran figura histórica del Benemérito de América, y de

la época que puso las bases de la transformación de la República Mexicana, sino también difundir ampliamente las ideas prácticas, sanas y útiles, que contengan los trabajos presentados; éstos serán publicados por la Comisión y, una vez publicados, estarán bajo el dominio público, pudiendo ser reimpresos libremente por todo el que lo desee.

7.^a Los respectivos jurados están facultados para acordar que sean impresos por cuenta de la Comisión los trabajos que hayan merecido *accésit* ó mención honorífica y que, á su juicio, sea conveniente imprimir; pero la impresión no podrá hacerse sin el consentimiento del autor, el cual deberá darlo por escrito, renunciando á todo derecho de propiedad literaria, á fin de que el trabajo quede bajo el dominio del público.

8.^a A cada uno de los autores de los trabajos impresos por la Comisión, se darán 300 ejemplares de su respectivo trabajo.

9.^a Todos los trabajos se remitirán en sobre certificado é irán dirigidos á la Secretaría de la Comisión Nacional del Centenario, especificándose en la cubierta que el pliego está destinado al Concurso, á fin de que no sufra confusión ninguna con el resto de la correspondencia. Las cubiertas estarán marcadas con una contraseña é irán acompañadas de un pliego cerrado, marcado con la misma contraseña, en cuyo interior se expresa el nombre y domicilio del autor. Todos los trabajos estarán escritos precisamente en máquina.

México, Mayo 6 de 1905.

FÉLIX ROMERO,
Presidente.

RAMÓN PRIDA, JOSÉ CASARÍN,
ADALBERTO A. ESTEVA,
VICTORIANO SALADO ÁLVAREZ,
Secretarios,

UNA VOZ LLEGO A MI, DULCE Y LEJANA.....

Una voz llegó á mí, dulce y lejana
como el toque á oración de una campana;
una voz dolorosa, triste y pura,
que descendía de inviolada altura;
una voz de mujer que á mi alma hablaba,
y suavemente hablando, sollozaba.

La tarde misteriosa se moría.
Era lenta y serena su agonía. . . .
La tarde sollozaba tristemente,
su lloro diluyendo en el poniente;
dejando en el azul brillantes huellas
de lágrimas de luz, que eran estrellas.

Y moría en los bosques el retoño
y envuelto en oro se alejaba otoño.
Bordábase de escarcha la maleza,
y del Invierno la mortal tristeza
cual pálida mortaja se extendía,
y llanos y praderas envolvía.

Cuando la dulce voz, entre suspiros,
mientras las hojas en revueltos giros
huían arrastradas por el viento,

dejando en pos de sí vago lamento,
muy quedo murmuró: «Mi única gloria,
«oye y comprende mi doliente historia:
«te amé en la tierra como se ama un sueño,
«fuiste tú para mí mi lánguido ensueño;
«En éxtasis miré tu imagen triste,
«mas tú nunca me amaste ni me viste! . . .
«Yo soñaba contigo, bien amado,
«y fué mi anhelo triste y desolado.
«En silencio te amé más que á mi vida!
«Mi pasión fué voraz, pero escondida!

«Y al morir un Otoño, en una tarde,
«de aquellas en que el sol pálido arde,
«con las primeras nieves del Invierno,
«partí con mi dolor al viaje eterno!

«Yo fuí buena, fuí bella y desdichada;
«lloré con ansiedad, abandonada;
«y morí por tu amor, mi dulce dueño,
«para soñarte en el eterno sueño!

Y la voz se perdió en la lejanía,
mientras la tarde lánguida moría.
Se perdió aquella voz, dulce y lejana
como el toque á oración de una campana.

RAFAEL RAMOS PEDRUEZA.

UN DISCURSO

Sr. Subsecretario de Instrucción Pública.

Señoras y Señores.

Un grupo de personas altamente honorables y merecedoras por mil títulos del respeto y las consideraciones sociales; grupo á cuya cabeza figura, en calidad de presidente, nuestro estimado y entusiasta Subsecretario de Instrucción Pública, cumple en estos momentos con uno de los deberes más sagrados de todo hombre culto y amante del progreso universal. Tender, en efecto, una mano generosa á los valientes luchadores que acometen la realización de empresas útiles, sin temor á las dificultades, contra las cuales hay que luchar; dirigir palabras de aliento á ese grupo de ciudadanos, cuya labor, más que una lucrativa profesión, constituye un abnegado sacerdocio, y prestar, en fin, toda clase de ayuda á los hombres á quienes la patria ha conferido una noble misión, ha encargado un precioso depósito, entregándoles el niño para que le devuelvan el ciudadano: es, no sólo cumplir un deber, es proporcionarse la satisfacción de conquistar el aplauso de la sociedad y el no menos valioso de la propia conciencia.

Y el modesto é ilustrado profesor que

dirige este plantel, profundamente reconocido por los favores recibidos, me ha hecho el honor de comisionarme para hacerlos presente su gratitud. En vez de elegir á uno de sus compañeros de labores, ó de profesión siquiera, ha querido que sea un extraño al gremio escolar el que tome la palabra. Y yo, que no tengo el título que uno de nuestros buenos amigos, en alguna ocasión se daba á sí mismo, llamándose sencillamente «un maestro de escuela,» considerando que este humilde título le honraba más que otros muchos que pudiera legítimamente ostentar; he aceptado gustoso la misión que se me ha conferido, cediendo á las naturales propensiones de mi temperamento, que me llevan á venerar lo que juzgo digno de veneración, á elogiar lo que amo, y á tratar de que mi palabra, desautorizada, es verdad, pero entusiasta y sincera, vaya á hacer palpitar los ajenos corazones, bajo la influencia de los mismos sentimientos que hacen palpitar el mío. No es tan difícil, como parece, mi labor, pues, tratándose de ciertos temas que despiertan general interés y atraen universal simpatía, la obra del artista, llámese orador, escritor ó poeta, suele despertar la convicción y el entusiasmo, aun sin escalar las alturas del talento, pero sí llevando

impreso el sello de la sinceridad, y su papel es entonces análogo al de la partícula cristalina que, por insignificante que sea, al obrar en un líquido sobresaturado, provoca, por su simple contacto, la cristalización violenta y total de la masa.

* * *

Esta festividad, agradable en sí misma, como lo son siempre las fiestas escolares, es, además, altamente significativa, porque revela los esfuerzos hechos por un apreciable pedagogo y el grupo de ilustradas personas que le ayudan para organizar un plantel con sujeción á las prescripciones de la Pedagogía Moderna. Y los que, entusiastas por el progreso de nuestra patria y admiradores de la obra benéfica realizada por nuestro gobierno, quisiéramos ver siempre á los ciudadanos prestándole su valiosa ayuda y cooperando enérgicamente con sus personales esfuerzos á la grandiosa obra de la Educación Nacional, aplaudimos gustosos la creación de buenos establecimientos particulares, que, marchando en armonía con los oficiales, aceptando sus programas y métodos de enseñanza, y aplicando los principios científicos y los procedimientos prácticos de que la moderna Pedagogía dispone, vienen á desempeñar una importantísima misión, á satisfacer una exigencia que nuestro adelanto reclama: la de ayudar al Estado en la difícilísima, costosa y trascendental obra de educar al pueblo.

Educación debidamente al pueblo es, en efecto, la gran aspiración de los países cultos, y con razón, pues la educación es una de las más imperiosas necesidades sociales. Y por eso hoy, á medida que los límites de la civilización se ensanchan, á medida que disminuye el número de pueblos sumergidos en las tinieblas de la barbarie, la

importancia que se da á la Educación crece más y más en todas partes. La histórica y tantas veces citada frase: «el maestro de escuela fué el que triunfó en Sedán,» constantemente fija en el ánimo del mundo entero, se ha convertido en uno de los artículos de fe universales, y por eso todos los gobiernos ilustrados conceden tanta importancia á la Educación; ya dirigiéndola por medio de departamentos de estado especiales; ya destinándole en sus presupuestos cuantiosas sumas; ya dotando á las escuelas con higiénicos edificios, y mobiliario y utensilios adaptados á las necesidades pedagógicas; siendo grato ver que los particulares no se queden rezagados en esta magna obra, y aun entre nosotros que, por herencia y por costumbre, tenemos la propensión de confiar sólo en el Gobierno, se nota con gusto, aunque todavía no con tanta intensidad como quisiéramos, la benéfica labor de los particulares en pro de la Educación Nacional. Una nueva era se abre; nuevas luces se encienden, disipando las tinieblas del horizonte; nuevas orientaciones nos señalan el camino.

El maestro de escuela de antaño, el tradicional dómine de la palmeta y el silabario, reclutado con frecuencia en el grupo de los fracasados en otras ramas de la actividad humana, que tuvo su razón de ser cuando no se daba á la Educación el papel tan importante que ahora se le concede; y que, á pesar de su ignorancia pedagógica y del insignificante papel que la sociedad de otras épocas le otorgaba, es, sin embargo, una figura simpática para los que llevamos como regla justificar y respetar el pasado, que nos ha preparado el camino con los únicos elementos de que ha podido disponer; es un personaje que ha desaparecido ya, cediendo el campo al educador moderno, cuya misión, lejos de ser menospreciada, es estimada ahora en lo mucho que vale. Ya no es, en efecto, el magisterio

la profesión fácil por excelencia; el refugio de los que, débiles, tímidos y mal dotados para la lucha, sólo veían en él el último abrigo contra la miseria. Lejos de eso, el pedagogo moderno necesita, para desempeñar dignamente su papel, estar dotado de altas cualidades intelectuales y morales. Un carácter franco y jovial, una gran dosis de bondad en el alma y de sinceridad en la expresión, constituyen la primera condición de éxito; pues, para poder parodiar al inmortal maestro de Galilea, al pedir que los niños se acercaran á El, se necesita llevar como El, el corazón abierto al amor, la benevolencia y el perdón; porque el niño, guiado tal vez por un secreto instinto, se desvía y aparta de quien no le ama, y que, por lo mismo, jamás podrá educarle. Un profundo espíritu de observación para poder penetrar esa difícil psicología infantil, descendiendo hasta el alma del niño, en vez de pretender el absurdo de que éste se eleve hasta la altura del adulto; una educación harmónica, y una gran amplitud de miras, para poder abarcar en su conjunto los complejos fenómenos del mundo y de la vida, y adquirir acerca de ellos ideas generales que transmitir, y por último, una conducta intachable, cuyo ejemplo, presente á todas horas en el ánimo infantil, es más eficaz que la enunciación y repetición asidua de dogmáticas máximas morales, cuyo verdadero sentido, difícilmente llega el niño á comprender: son cualidades que un maestro debe tener para que su labor sea fructífera, y que hacen de él un ciudadano prominente de la sociedad, visto por ella con el aprecio con que se ve todo lo selecto.

El magisterio así comprendido, es á la vez una profesión, un sacerdocio, y un arte; y así como el artista, guiado por esa eterna aspiración del hombre y primer atributo de la divinidad, «crear,» reviste la materia con las bellezas de la forma: el

maestro, modelando la dúctil conciencia del niño, realiza también obra de arte. Si no la obra de arte que se ostenta en los museos, y tiene la vida perdurable de la materia inerte; si la que esplende en el santuario del hogar, la que se aplaude en el vasto escenario de la patria, la que tiene por teatro el campo agitado de las sociedades humanas.

Al recordar los métodos educativos de otros tiempos, y compararlos con los actuales, viene á mi memoria una hermosa anécdota que leí hace poco en uno de los bellísimos libros de Anatolio France, de ese escritor genial que es hoy una de las primeras y más legítimas glorias de su país. Refiere el espiritual escritor que, al visitar en una populosa ciudad de Europa un Museo de Historia Natural, uno de sus eruditos conservadores le habló ampliamente acerca de los fósiles del período plioceno; pero como el visitante le interrogara en seguida acerca del siguiente período geológico, el sabio conservador le contestó ingenuamente que en el plioceno terminaba su vitrina, y no le correspondía ya la siguiente.

Indudablemente el personaje de Anatolio France responde á una necesidad social. El inmenso desarrollo que en nuestros tiempos han alcanzado las ciencias, las artes y la industria, ha traído como consecuencia forzosa la división del trabajo, la especialización de las labores, y á diferencia de aquellos hombres cultos de los bellos tiempos de Grecia que dominaban los conocimientos de su época, que luchaban en los gimnasios, discutían los asuntos públicos en las asambleas, y filosofaban en las academias, nosotros necesitamos acantonarnos en un reducidísimo campo de alguna de las ocupaciones humanas.

Pero ni es el personaje de Anatolio France el tipo del hombre común, pues los sabios en todas partes forman una reducida minoría, ni es tampoco la escuela, y menos aún la escuela elemental, la encargada de formarlo, y lejos de eso, ahora se considera como un error el afán de convertir la memoria del niño en un catálogo de nombres, de máximas abstractas, y de reglas para él inaplicables por incomprensibles. Quédese para las escuelas superiores especiales, la tarea de formar sabios, los que, aun mas que á las mismas escuelas, deben sus conocimientos á sus propios esfuerzos, y á las circunstancias que los han impulsado á cultivar una rama circunscrita de la ciencia ó el arte; que la misión de la escuela es, ante todo, formar el ciudadano como útil unidad de la masa social. ¿De qué manera? Desarrollando harmónicamente todas las facultades humanas: vigorizando el cuerpo, educando el carácter, y cultivando la inteligencia.

Un organismo sano y robusto es, en efecto, la primera condición de éxito en la vida. En un mundo en que desde la cuna hasta el sepulcro se vive en continua lucha, las más preciosas cualidades son aquellas que prometen el triunfo, y estas son el valor y la fuerza; pero ni el valor ni la fuerza se albergan en los organismos raquíticos y minados por las enfermedades. Para los seres enfermizos, la vida tiene muy pocos atractivos; incapaces de saborear los sanos placeres que la Naturaleza nos brinda, casi no es de extrañarse, aunque sí de condenarse, que se arrojen en los brazos del vicio, buscando sin encontrarlo, en sus fugaces y mentidos halagos, un lenitivo á una vida de amargura y sufrimiento. Si en sus corazones anida la bondad, el mundo no la comprende, porque la bondad del débil se viste con el ropaje del temor y el interés. Por el débil se sien-

te compasión y aun cariño; pero lo que es el respeto de los demás, únicamente son los fuertes los que lo conquistan, y siempre se estrecha con placer, cuando se nos tiende desinteresadamente y sin envolver una humillación, la mano musculosa y robusta capaz de pulverizarnos.

Pero no basta ser fuerte, es necesario, además, ser bueno; porque si se venera la fuerza al servicio del bien, se la maldice y execra cuando sólo se la emplea como instrumento de opresión, y para satisfacer ruines pasiones. La educación moral, sean cuales fueren los fundamentos en que se apoye, es indispensable para formar caracteres enérgicos y corazones generosos. El que de niño es buen hijo, buen escolar y buen compañero, será más tarde buen padre, buen jefe y buen ciudadano; será capaz de fundar y dirigir un hogar; será digno de esa noble institución de la familia, que subsiste y debe seguir subsistiendo á través de los siglos, sean cuales fueren las evoluciones y revoluciones que el mundo ha presenciado y tenga que presenciar. Una familia sana, virtuosa, numerosa y unida, es en todas partes una fuerza incontrastable; esos benditos hogares están admirablemente defendidos contra la maldad y la desgracia, y á su interior, cual al de un inmenso recinto inexpugnable, el ruido del combate que afuera se libra, sólo llega como el rumor sordo y apagado de una tempestad lejana. Y esos buenos ciudadanos, y esas familias honradas, son los valiosos elementos para formar una patria unida, fuerte y feliz.

Viene por último, como feliz coronamiento de la obra, la educación intelectual, pues el hombre, además de fuerte y bueno, debe ser culto; pero la escuela, más que á instruir en determinados ramos, debe tender á educar la inteligencia. El estudio de las ciencias presenta dos aspectos: por una parte, conduce á la adquisi-

ción de conocimientos especiales, y por la otra, y esto es más importante aún, desarrolla las diversas facultades del espíritu; pues cada ciencia, con sus métodos de investigación y raciocinio, nos trae los elementos necesarios para formar un criterio recto é ilustrado que nos lleve á discernir acertadamente, no sólo en los asuntos del dominio científico, sino, lo que vale aún más, en todas las situaciones de la vida.

Mas no es la investigación de la verdad el único objeto de la actividad intelectual. Tiene la belleza tan irresistible atractivo, ejerce una fascinación tan poderosa sobre el alma, que prescindir de la educación estética, es cegar una fuente inagotable de noble é intenso placer; la educación artística, en la cima del intelecto humano, es el complemento de la educación científica. Y lejos de imitar á Platón, pidiendo la expulsión de los poetas de su república; lejos de imitar á los que, en su admiración por los progresos que ha realizado el industrialismo moderno, lo juzgan capaz de llenar por completo la vida humana; lejos de imitar á los que consideran baladí toda aptitud que se ejerce fuera del mundo agitado de los negocios: glorifiquemos al Arte, que nos consuela de las penalidades y amarguras de la lucha cotidiana, conduciéndonos á los mundos encantados del ensueño, y, sumergiéndonos en éxtasis divino, nos hace gozar con placeres excelsos.

*
* *

Estas son, señores, débilmente bosquejadas, las diversas fases de la educación moderna; ese es el plan educativo que debemos realizar, y en cuya realización se cifran nuestras halagadoras esperanzas. Hoy que tanto se discute en el mundo de los pensadores si existen ó no razas supe-

riores y razas inferiores, es cuando más debemos preocuparnos por la educación, lo que la consideramos un factor más importante que la raza para el progreso general. Mas, si acaso es verdad que el factor étnico desempeña un papel tan esencial; si se juzga que somos los últimos restos de una raza que, orgullosa y altiva en otros tiempos, después de imponer con la cruz y la espada su vigorosa civilización al mundo entero, hoy se la supone degenerada y doliente, debatiéndose en estertores de agonia; si se cree que la bella lengua que inmortalizó Cervantes, y brilló con fulgores de astro, pintó con colores de iris, y embriagó con perfumes de flores en el verbo elocuente de Castelar y Altamirano, está destinada á figurar muy pronto en el catálogo de las lenguas muertas; si el haber nacido y habernos desarrollado á una grande altura y á una baja latitud; si el hacer predominar en nuestra alimentación un cereal en vez de otro, son motivos para que se nos clasifique entre las razas inferiores; si sobre nuestras frentes pesa el estigma de los degenerados; lejos de inclinar nuestras cabezas con fatalismo musulmán, levantémonos y, firmes y erguidos, lancemos como protesta altanera, contra las decisiones del Hado cruel y adverso, nuestros votos de inmenso amor á la patria, nuestro afán de progreso y nuestra ambición de gloria. Continuemos por el buen camino en que vamos, y sigamos empeñados en imitar á los pueblos que, un día escarnecidos y vilipendiados se regeneran, gracias á la educación popular, y, más tarde, poderosos y civilizados, tomando participación activa en el concierto universal, son temidos por los que antes los vejaban, son honrados por los que antes los menospreciaban.

Y empeñémonos en que mañana, cuando la Historia haga el balance de nuestras acciones para emitir sus fallos, nos coloque

entre los pueblos grandes; que lo son, no únicamente aquellos que abarcan inmensos territorios, cuentan con muchos millones de habitantes, disponen de poderosos ejércitos y elevan sus presupuestos á cifras colosales; sino, lo que vale aun más que todo eso, los que llevan, como principal elemento de fuerza y resistencia, las virtudes cívicas y privadas de sus hijos.

El recuerdo de los hombres, á cuyos generosos esfuerzos se debe la elevación moral de la conciencia humana, es impe-

recedero; la gratitud á los pueblos que nos han dejado benéficas instituciones y ejemplos dignos de ser imitados, es eterna. Y cuando las generaciones, en majestuoso desfile, pasen ante esos hombres y esos pueblos, espaciados á largas distancias, cual las piedras miliare del camino, se prosternan ante ellos con la veneración y el amor con que el creyente dobla la rodilla ante las sagradas reliquias de los santos y los mártires.

México, Mayo 14 de 1905.

ING. NORBERTO DOMÍNGUEZ.



J. RUELAS
-1903-

SONETOS GALANTES

A UNA RUBIA

Tisúes y satines soberanos
Se unen para formar tu blondo pelo,
Y se antoja de suave terciopelo,
Según es fino, el dorso de tus manos.

Tus pestañas hilaron los gusanos
De seda, con solícito desvelo,
Y son tus ojos zarcos como el cielo,
Cual los montes cerúleos y lejanos.

La inefable sonrisa de Gioconda
Se dibuja en tu labio, hay una honda
Dulzura en tus pupilas nazarenas,

Finge un toque de luz tu ceja flava
Y siendo del país de las morenas
Pareces una diosa escandinava.

DE GOYA

Tú debes ser, morena, de Sevilla,
Bailar jotas al ritmo del pandero,
Y ser la maja novia de un torero
Que busque en el tendido tu mantilla.

Debes mojar en rubia manzanilla
Tu labio mentiroso y hechicero,
Y hacer ostentación de tu salero
Entonando la alegre seguidilla.

Debes oír, si sales á tu reja,
El són de la guitarra que se queja
De desdén en idioma de sollozos,

Y terciado el mantón crugiente y rico,
Pasar sobre las capas que los mozos
Extienden á tus pies, en abanico.

LOS CORALES

Caprichos de la moda, amantes dones,
Rojos mirtos ó rosas delicadas,
Ora adornan orejas nacaradas,
Ora cuellos que envidian los pichones.

Ya sus granos alinean en renglones
Produciendo sonrojo á las granadas,
Ya en rosarios de cuentas sonrosadas
Que sostienen suntuosos medallones.

Yacen en las honduras submarinas
Para gala de senos estelares,
Y son sangre que vierten las ondinas

Al herirse en las rocas de los mares,
Formando brazaletes y collares
Con sus hilos de gotas purpurinas.

PERFIL

Tienes el porte altivo de una infanta,
Irónico tu labio, tu cabeza
Numismática indica tu nobleza
Y es de pulido mármol tu garganta.

Y tamaño prestigio, pompa tanta
Los escondes en claustro de tristeza
Y posees la gracia y la belleza
Y no quieres vasallos á tu planta.

Hecha para reinar, vives reclusa,
Tu orgullo á los requiebros se rehusa,
Y si algún atrevido te corteja,

Esgrimes tu pupila fulgurante
Bajo el arco tupido de tu ceja,
Y nublas tu borbónico semblante.

A UNA PÁLIDA

Hada de los glaciares, tu divina
Palidez la robaste á los luceros,
Y son árticas noches tus severos
Ojos que la ternura no ilumina.

Si alguien á conquistarte se encamina,
Lo asaltan tus desdenes, cual los fieros
Osos á los impávidos viajeros
Que marchan por la estepa cristalina.

Y lo mismo que el polo, es un arcano
Tu frío corazón que late en vano,
Pues quien sintiendo afanes amorosos

A marchar por sus tímpanos se atreve,
Ó muere devorado por los osos
Ó expira sepultado entre la nieve.

EN EL BAILE

Te arrastraba en el cauce desbordado
Del baile, desafiando la fatiga,
Y sentía en mis sienes una espiga
Suelta de tu magnífico tocado.

Al cruzar su destello electrizado
Nuestros ojos, tramaban una intriga,
Y como el ave incauta por la liga
Yo estaba por tu hechizo aprisionado.

Tus senos eran ánfora de aromas,
Y al sellar su contorno venusino
Empapó de carmín tus ricas pomas

El golpe de mi beso repentino,
Como mancha el plumón de las palomas
El plomo sanguinario y asesino.

EFRÉN REBOLLEDO.

Guatemala 1905.

LOS ESTADOS.—SAN LUIS POTOSI



Sr. Ingeniero D. José M. Espinosa y Cuevas.—Gobernador Interino del Estado.
(Véase el artículo relativo).

LOS ESTADOS.—SAN LUIS POTOSÍ.



Río de Santiago. (Véase el artículo relativo).

SAN LUIS POTOSI

Nos proponemos en esta ocasión hablar de uno de los Estados de la República, que más está llamando la atención en la actualidad, considerado bajo el punto de vista industrial, agrícola y minero, así como bajo el concepto de su manera de ser económica y política.

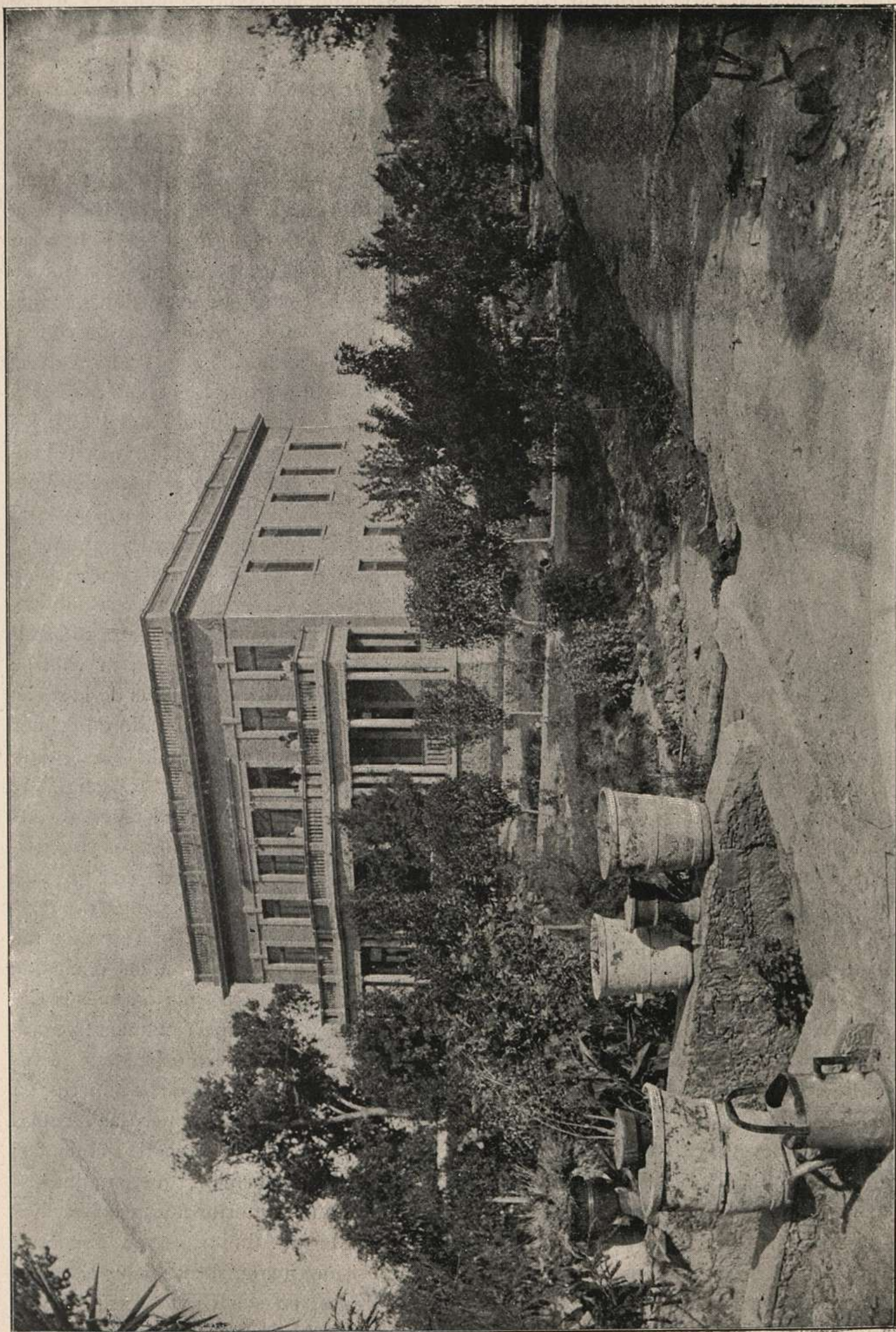
Cuando una entidad federativa se mueve bajo los conceptos expresados, ocupando todas sus energías y todos sus elementos naturales en la realización de un progreso efectivo, que tenga por bases las únicas que se reconocen en toda colectividad que comprende múltiples y encontrados intereses, debemos laborar, en cuanto nuestras fuerzas nos lo permitan, secundando ese movimiento, y esto es lo que nosotros nos proponemos con el presente artículo.

Cuando el país, luchando para constituirse de una manera estable, cerró el periodo de las revueltas políticas con el plan revolucionario de Tuxtepec, abriendo las puertas del templo grandioso de la Paz, al adelanto y al trabajo, las diferentes partes integrantes de la Confederación mexicana despertaron del estado de postración en que se hallaban, y cada una, en su esfera, dió principio á la obra de regeneración que imponía el programa político del ilustre Presidente Díaz. El estímulo no

era un factor desconocido en este movimiento general de los Estados; obró, por lo tanto, según el carácter de cada entidad y adunado á los medios de que cada uno disponía, y á su modo de ser especial, produjo un cambio general en la República. A partir de quella época, San Luis comenzó á destacarse entre los demás Estados de la Federación. Los Sres. Diez Gutiérrez, con entusiasmos siempre crecientes, realizaron grandes mejoras, hicieron concesiones encaminadas á favorecer la industria; proporcionaron al comercio cuanto era necesario y posible para su desarrollo, y en los ramos de la Administración pública introdujeron las reformas que pedía la situación, ocupándose, de preferencia, en el ramo de la instrucción popular, como lo demuestra palmaria y elecuentemente la Ley núm. 46 que, si pedagógicamente considerada, no es un modelo de leyes de esta clase, bajo el concepto administrativo, es, con toda justicia, una obra apreciable.

El desarreglo consiguiente en los caudales públicos por causa de las revoluciones; la poca costumbre de los causantes para hacer el pago de sus contribuciones, viciados por la táctica de ocurrir á la condonación una vez recargados de adeudos; la falta de lluvias en toda la extensión del

LOS ESTADOS.—SAN LUIS POTOSÍ.

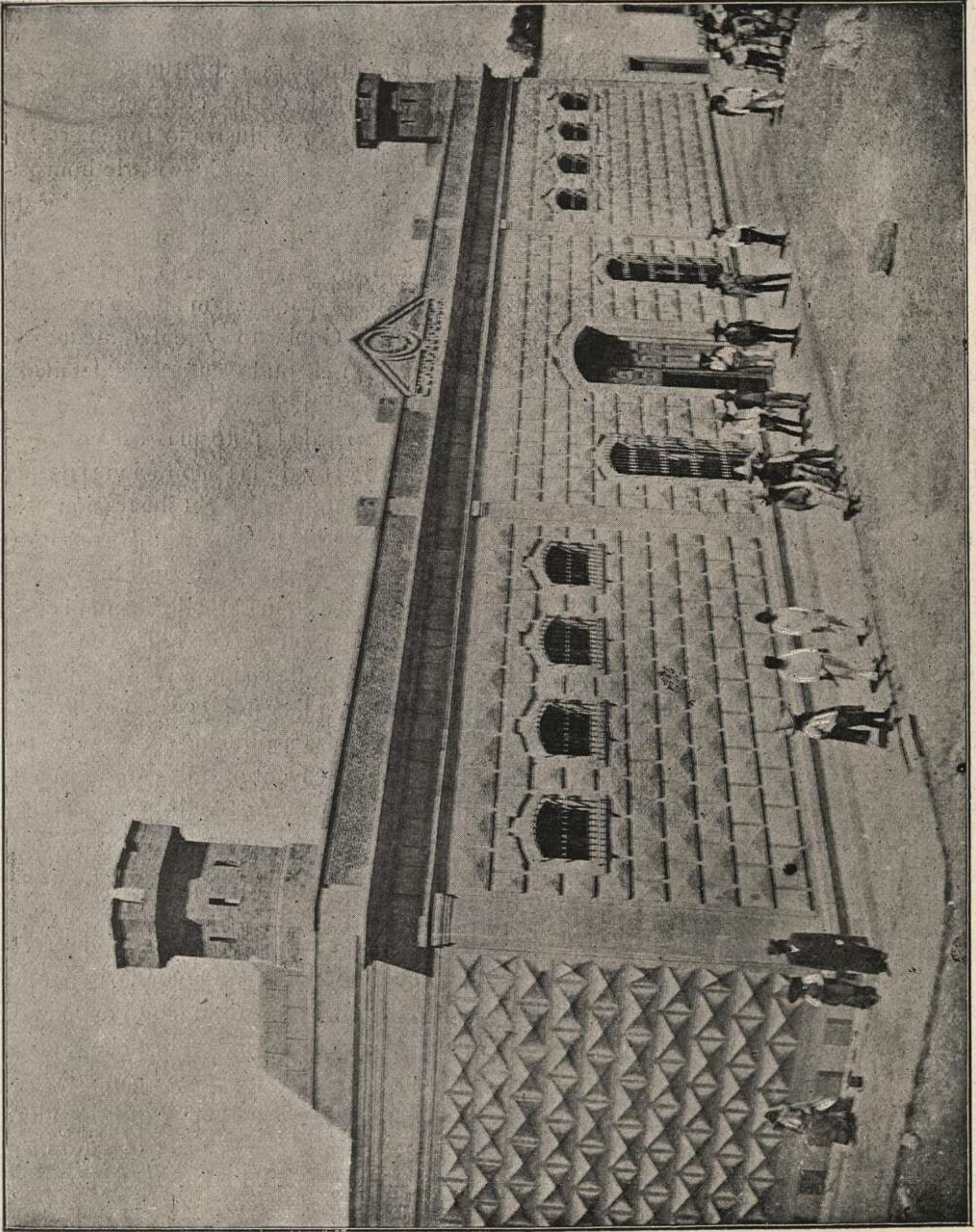


Quinta del Sr. Tomás Olavarría. (Véase el artículo relativo).

país, pero muy particularmente en el Estado, hecho que arruinó la agricultura y paralizó muchas industrias, matando al mismo tiempo el comercio, todo esto junto trajo al Sr. Gral. Diez Gutiérrez, tan grandes dificultades económicas, que se vió en graves apuros para conjurarlas. Sus enemigos políticos, hicieron hincapié en la situación que formaran todas aquellas circunstancias juntas, y el Gobierno luchó desesperadamente, ensayando diferentes sistemas de economías que al fin no produjeron resultado alguno satisfactorio. En tales circunstancias sorprendió la muerte al Sr. Diez Gutiérrez y subió al poder el Sr. Ingeniero D. Blas Escontría, conocedor de la política del Estado y más conocedor todavía de los principios económicos en que debe apoyarse cualquier sistema de gobierno para que responda á las necesidades del pueblo. El carácter del nuevo Gobernador en quien resaltaban las circunstancias de honradez acrisolada, ilustración, buena voluntad en favor de la cosa pública y por ende una gran suma de patriotismo, así como una rectitud de principios que muchos juzgaron como severidad inquebrantable, ejercieron poderosa influencia en los ánimos decaídos por la situación que pesaba sobre los potosinos desde hacía algunos años. La gestión administrativa del ilustrado Exdirector del Instituto Científico y Literario, comenzó por solventar el crédito del Estado, poniendo de por medio el suyo, propio como particular, y consiguiendo de este modo un ligero desahogo para atender á las necesidades más urgentes; en seguida vino el arreglo de las rentas públicas, poniendo su administración bajo la dirección del acaudalado y probo caballero Sr. D. Luis Cuevas, que con notable acierto reformó el sistema rentístico, reglamentó la recaudación y aseguró el manejo de los intereses del Estado, manifestando tanto

desprendimiento como lo hiciera el Sr. Escontría; debiendo ver, por lo tanto, los potosinos, en estas dos personalidades la propia personificación del patriotismo, practicado sin alarde, con toda modestia y bajo una forma de positivo beneficio para el Estado. Con una administración así, no podría menos que prosperar aquella tierra que tanto ha figurado en la historia por el patriotismo de sus hijos; la industria se levantó de su postración, movida por el poderosísimo resorte de las concesiones más liberales; el comercio vió abiertos anchos horizontes con la equidad y buen juicio con que fueron asignadas las contribuciones; tomó grandes vuelos el comercio en grande escala, y el comercio en pequeño salió de la situación desesperante en que se encontraba colocado; los servidores de la Administración vieron garantizados sus haberes con el estado del tesoro público, y la marcha administrativa comenzó á funcionar regular y eficazmente; la vida se desarrolló en todas las esferas de la sociedad, y San Luis fué un Estado de primer orden. La demostración palmaria de todo este cambio verificado en el transcurso de seis años, está ahí; en la existencia de sus diez y seis oficinas de banqueros y comerciantes en grande escala; de sus grandes almacenes de ropa, de abarrotes, de ferretería y maquinaria, de muebles y de otros mil artículos empleados en los oficios de toda clase; en sus Droguerías, en sus Casas de Comisiones, perfectamente acreditadas y en gran número existentes; en sus veintiséis oficinas de negocios mineros; en sus Librerías; en sus numerosas escuelas públicas, cuyo número pasa de quinientas; en sus escuelas normales que, aunque son fundación muy anterior á esta época, han recibido de la Administración Escontría poderosísimo incremento; en sus Escuelas Industriales, en sus Bibliotecas, y en las concesiones hechas á los Sres. Kilton, El-

LOS ESTADOS.—SAN LUIS POTOSÍ.



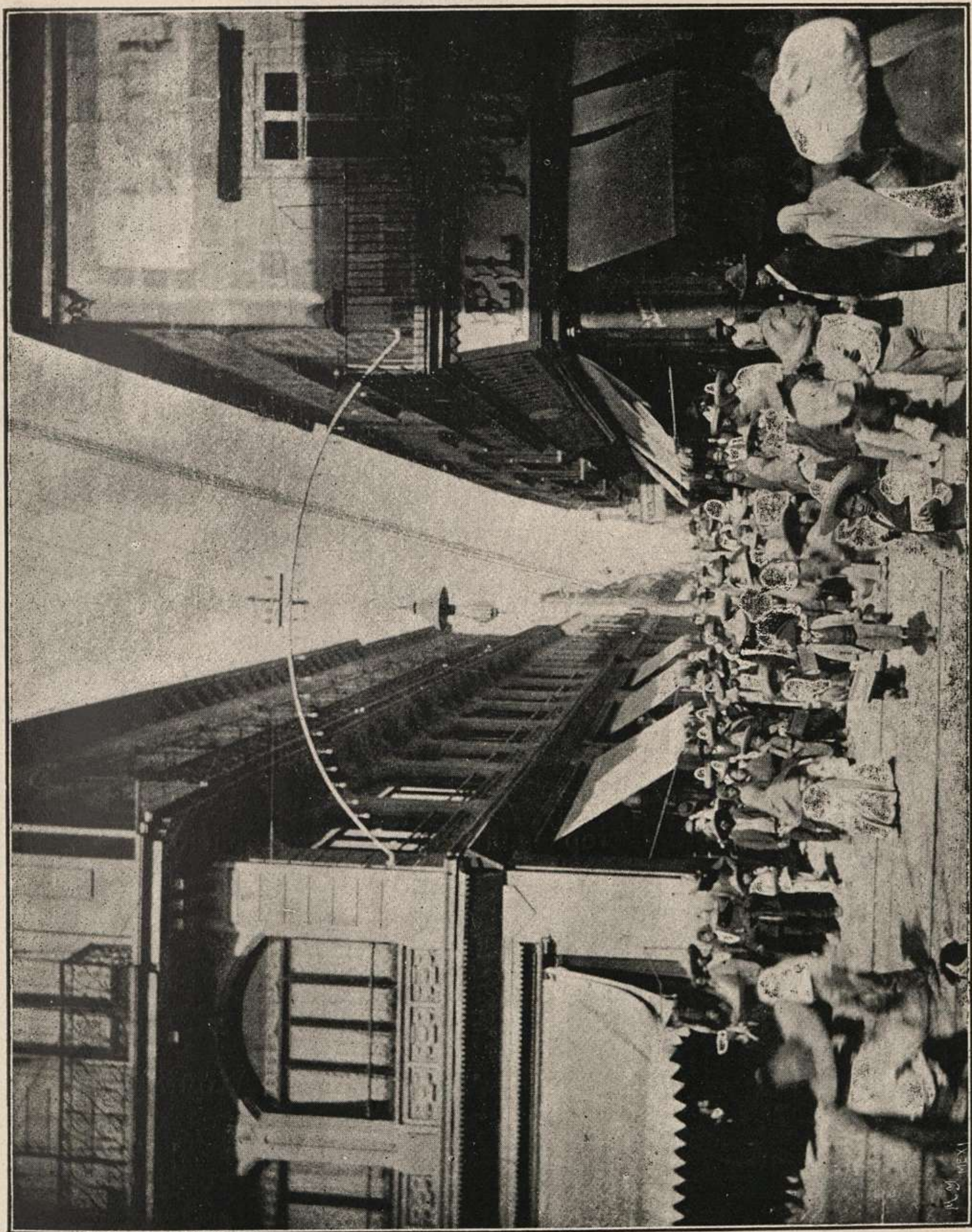
Cuadra de Policía. — Véase el artículo relativo.

sasser y Cía., Thomas J. Ryder, Manuel H. Acevedo, Inocencio Nasezo y Cía. y Zeferino Salazar, Carlos Ganahl, F. L. Shaffer, Enrique Deutz, para establecer respectivamente la Metalúrgica de Matehuala, la Hacienda de Beneficio de minerales de antimonio, para construir el ferrocarril de la Estación de Los Charcos á las minas de la Compañía Minera del Tiro General, S. A.; para la construcción del ferrocarril de Santa María del Río á Jesús María; para establecer una Hacienda de beneficio de metales en la Fracción del Ojo de Agua de Matehuala; para el establecimiento de una Fábrica de azúcar en grande escala; para el mejor auge y desarrollo de una Fábrica de calzado de los Hnos. Coghlan, y para la apertura de una Fábrica de clavos; ahí están también las franquicias de que gozan las empresas industriales La Fama, Los Dos Mundos, la casa de Jorge Unna, la Compañía Manufacturera de Galletas y Dulces, S. A., la Cervecería de San Luis, la Fábrica de los adreditados rebozos de Santa María, los Talleres de Estatuaria y Monumentos de Mármol de los Sres. Biagi Hnos., los talleres de Vicente Pasqualli y de Domingo Bueno, y otros muchos centros del arte y de la industria que están acreditando con su existencia y con su notable desarrollo los buenos auspicios en que, con respecto al Gobierno, se hallan colocadas.

El Sr. Presidente de la República, con su gran penetración y conocimiento de los hombres, ha sabido distinguir al Gobernante que, de manera tan eficaz, le secundaba en sus nobles miras por el engrandecimiento de la Nación, y queriendo aprovechar más de cerca sus facultades y su celo, lo llamó al Ministerio de Fomento,

puesto en el que, seguramente, el Sr. Escontría hará que el país entero corrobore la opinión muy elevada que ya se ha formado de su importante personalidad. Al separarse, pues, del Gobierno de San Luis el Sr. Escontría, la Cámara de aquel Estado nombró para substituirlo, mientras llega el período de las elecciones populares, al modesto é ilustrado Ingeniero Sr. Don José Espinosa y Cuevas, de honrosísimos antecedentes y muy conocedor de la marcha política actual, pues, resolviendo con el Sr. Escontría las cuestiones administrativas que diariamente se presentaban en el Gobierno y enteramente de acuerdo con él, pudo enterarse detallada y convenientemente de todas las necesidades de la sociedad potosina, así como de las tendencias y de las aspiraciones de sus gobernados de ahora. Su ilustración vastísima, adquirida mediante una consagración especial á los estudios científicos; sus conocimientos en materia de economía privada y pública, puestos de relieve en el floreciente estado de sus intereses de familia; su afición decidida por el trabajo, lo modelan según las aspiraciones de los potosinos, y no es aventurado asegurar que el libre sufragio del pueblo le será propicio para que rijá constitucionalmente los destinos de aquel importante Estado. La prensa del país le es, en lo general, favorable; la sociedad entera de San Luis lo ha recibido con agrado, y no dudamos, por lo tanto, que, llegado el momento oportuno, aquel pueblo sabrá hacer justicia á quien más garantías le ofrece, mediante las revelantes prendas personales que le adornan. Así lo deseamos nosotros para bien y progreso del Estado de San Luis.

LOS ESTADOS.—SAN LUIS POTOSÍ.



1.^a Calle de Hidalgo.— Véase el artículo relativo.

CROQUIS ANTIGUO

Al eximio poeta Lic. Joaquín D. Casasús.

La abeja rumorosa del Atica se embriaga
Con los néctares suaves de lirios y de rosas,
Mientras rimando dísticos y canciones graciosas,
Por las floridas sendas de los vergeles vaga.

En los celestes rasos sus carmines apaga
El sol que se hunde dentro las aguas luminosas,
Y en las riberas, ninfas y sirenas hermosas
Dan al aire su canto que fascina y halaga.

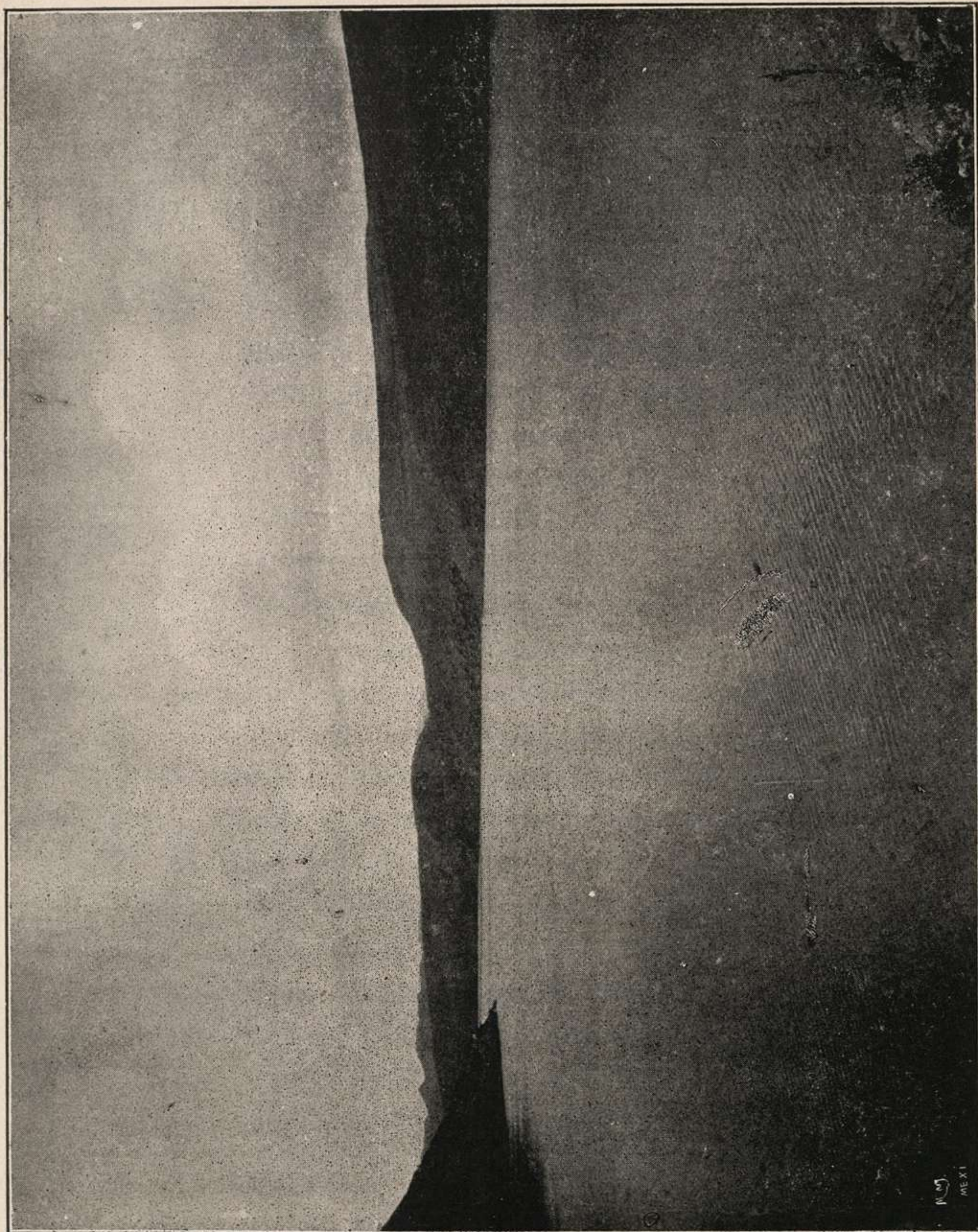
La dulce avena tañe panida adolescente
A la grata caricia de Diana, que silente
Abre sobre el crepúsculo su broche de topacio;

Y el ritmo de la Vida y la Naturaleza,
Todo lleno de amores, ternura y gentileza,
En cristalinos versos vuela por el espacio.

SALVADOR MARTÍNEZ ALOMÍA.

Campeche, 1905.

LOS ESTADOS.—SAN LUIS POTOSÍ.



Presa de San José.— Véase el artículo relativo.

N. S.
MEXI

ECOS DEL CENTENARIO

LETANIA DE NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE

Rey de los hidalgos, Señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión,
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, todo corazón.

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad.

Caballero errante de los caballeros,
barón de varones, príncipe de fieros,
par entre los pares, maestro, salud!
¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes,
entre los aplausos ó entre los desdenes,
y entre las coronas y los parabienes
y las tonterías de la multitud!

¡Tú, para quien pocas fueran las victorias
antiguas y para quien clásicas glorias
serían apenas de ley y razón,

soportas elogios, memorias, discursos;
resistes certámenes, tarjetas, concursos,
y, teniendo á Orfeo, tienes á orfeón!

Escucha, divino Rolando del sueño,
á un enamorado de tu CLAVILEÑO,
y cuyo Pegaso relincha hacia ti;
escucha los versos de estas letanías,
hechas con las cosas de todos los días
y con otras que en lo misterioso ví.

¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida,
con el alma á tientas, con la fe perdida,
llenos de congojas y faltos de sol,
por advenedizas almas de manga ancha,
que ridiculizan el ser de la Mancha,
el ser generoso y el ser español!

Ruega por nosotros, que necesitamos
las mágicas rosas, los sublimes ramos
de laurel! *Pro nobis ora*, gran señor.
(Tiembra la floresta de laurel del mundo,
y antes que su hermano vago, Segismundo,
el pálido Hamlet te ofrece una flor).

Ruega generoso, piadoso, orgulloso;
ruega casto, puro, celeste, animoso;
por nos intercede, suplica por nos,
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

De tantas tristezas, de dolores tantos,
de los superhombres de Nietzsche, de cantos
afonos, recetas que firma un doctor,

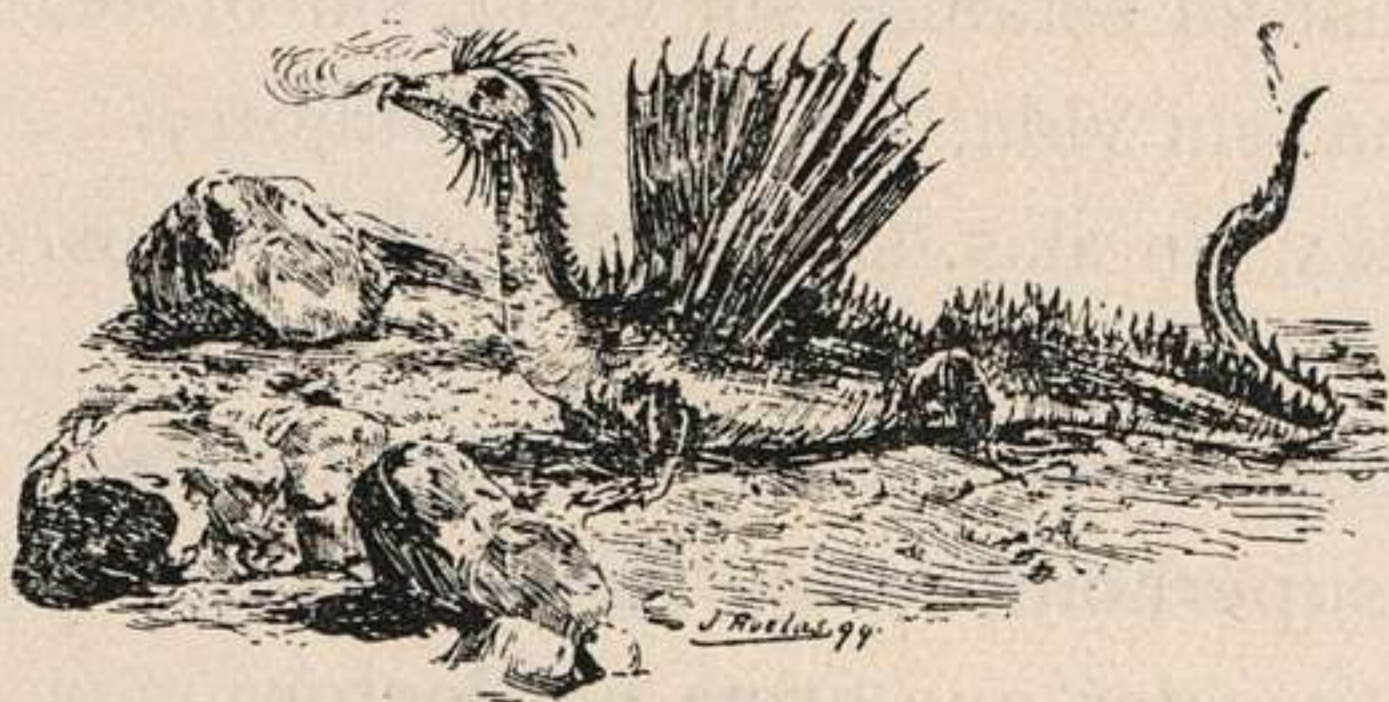
de las epidemias de horribles blasfemias
de las Academias,
¡líbranos, Señor!

De rudos malsines,
falsos paladines,
y espíritus finos y blandos y ruines,
del hampa que sacia su canalocracia
con burlas, la gloria, la vida, el honor,
del puñal con gracia,
¡líbranos, Señor!

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad.

Ora por nosotros, Señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión,
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, todo corazón.

RUBÉN DARÍO.



NOTAS BIBLIOGRAFICAS

La Evolución Mercantil. Comunicaciones y Obras Públicas. La Hacienda Pública. — «Tres monografías que dan idea de una parte de la evolución económica de México. J. Ballescá y Cía., Sucesores, Editores. San Felipe de Jesús número 572. México. 1905.»

Acaba de publicar el infatigable é inteligente editor Don Santiago Ballescá, un libro modelo del ilustre abogado y estadista Don Pablo Macedo, sobre la evolución económica de México. Comenzaremos, para inteligencia de nuestros lectores, por transcribir el breve liminar con que el autor encabeza su libro. Dice así:

«Los tres ensayos reunidos en este volumen fueron originariamente escritos para la obra intitulada: *«México. Su evolución social,»* de la que formaron otras tantas partes.

«El editor ha deseado reimprimirlas, estimando, con benevolencia inspirada por nuestra antigua amistad y que mucho le agradezco, que ofrecerán algún interés para las personas que, por el carácter y condiciones materiales de aquella monumental obra de lujo, no puedan consultarla fácilmente.

«Por tratarse de una simple reimpresión, he conservado á estas monografías su forma primitiva, renunciando á ampliaciones

y aun á correcciones que, de otra suerte, les habría hecho, para enmendar algunas deficiencias de que se resienten, entre otras causas, por haber sido escritas disponiendo de espacio limitado y en el poco tiempo que me dejaban libre graves y absorbentes atenciones del servicio público. Me he concretado, pues, á poner tan al corriente, como lo han permitido las últimas publicaciones oficiales, los datos numéricos y estadísticos que estos estudios contienen, reservando para más tarde, si llegare á serme posible y el favor del público justificare las esperanzas del Editor, corregir ese y otros defectos que soy el primero en reconocer y confesar.

México, 10 de Mayo de 1904.

PABLO MACEDO.

Se abre la obra del Sr. Lic. Macedo, la cual hemos llamado obra modelo por el método, la claridad y la honradez con que está escrita, rara honradez en los autores arrebatados por el turbión de la política del momento, con un estudio —Cap. I— del comercio antes de la conquista y durante la época colonial.

Poca ó ninguna vinculación tienen el contacto mercantil de las razas que habitaban el Anáhuac antes de Hernán Cortés y los viejos *tianguis* aztecas, con el moderno desarrollo comercial mexicano. Pero

el Sr. Macedo, sociólogo de fuerte cepa, intenta y logra penetrar hasta las más sutiles raicillas de las transacciones mercantiles indígenas, que, al fin, la sangre de esos vencidos, más ó menos autóctonos mexicanos, se trasvasó en la sangre de la raza victoriosa europea. Hondamente penetra el Sr. Macedo en los vicios del sistema comercial español, demostrando previamente cómo el impulso comercial de los pueblos ha sido siempre civilizador. Los fenicios llevaron entre los fardos de sus naves el alfabeto á los occidentales, traído, sin duda, de pueblos más adelantados que tenían á su espalda. El comercio fué, como él lo dice atinadamente, el que creó la grandeza y el poderío de Génova y Venecia. Por el comercio se intrincan los pueblos modernos en cuestiones á las veces sangrientas, y el comercio es el gran problema actual de las potencias nuevas. El conquistador español no ofreció comercialmente al país conquistado, sino lo que él mismo poseía: las trabas sordidas, el prohibicionismo. No podía ofrecer otra cosa. Dice el Sr. Macedo:

«Pocos años después del descubrimiento de América, y bajo la autoridad del Supremo Consejo de Indias, creóse por los Reyes Católicos la famosa «Casa de Contratación» de Sevilla, especie de cuerpo administrativo con facultades judiciales, que debía entender en todo lo relativo al comercio de las Indias y vigilar el cumplimiento de las numerosas y complicadas leyes que lo regulaban. Concedióse á Sevilla y á Cádiz el monopolio de enviar mercaderías á América, y el de recibirlas de ella. Se dictaron, además, muchas leyes referentes á las condiciones de los buques y á la cantidad y clase de género que podrían cargar, y, por último, en 1561 (rectifica en nota la fecha), por temor á los corsarios que infestaban los mares y á que los buques cargasen ó descargasen oculta-

mente en las costas de España ó de Portugal, eludiendo el pago de los impuestos reales, se llegó á ordenar que no saliese de Cádiz ni de Sanlúcar nao alguna sino en flota, «pena de perdimiento de ella y de cuanto llevase,» y que cada año fuesen dos flotas con naves para la «Tierra Firme» y «Nueva España,» y casi á seguida agrega:

«El comercio con la China y las Indias Orientales se hacía exclusivamente de las Filipinas á la Nueva España y por el galeón de Manila, impropiaamente llamado «nao de China,» cuyo cargamento de importación generalmente consistía en telas de algodón y seda, porcelanas finas, obras de platería, especias y aromas. El viaje de la nao, que sólo podía anclar en Acapulco, duraba en un principio cinco ó seis meses; pero, por los adelantos en el arte de la navegación, llegó á reducirse á tres ó cuatro. Aunque el galeón no debía traer mercancías por valor de más de quinientos mil pesos (aquí una nota del autor), generalmente importaba un millón, y retornaba á Filipinas cargando un millón y medio ó dos millones de pesos en plata, y una pequeña cantidad en cochinilla, cacao de Guayaquil y Caracas, aceite y tejidos de lana españoles.*

«Un importantísimo cambio se efectuó en la forma común de las transacciones mercantiles interiores con la introducción de la moneda, que tuvo lugar después de la conquista.»

Establecidos así por el Sr. Macedo la doble carrera oceánica y el camino terrestre de Acapulco á Veracruz, que hacía largo y dificultoso el transporte de Filipinas á España; y la introducción de la mo-

* El valor de la plata exportada por particulares debía corresponder al de las mercancías importadas y las ganancias. De aquí, seguramente, el origen de la frase *dar á corresponder*, con que se designaba el envío de mercaderías de Filipinas á Nueva España. (N. del A.)

neda, desconocida entre los indígenas, después de explicar el origen del nombre *peso*, usado aun en México para llamar la unidad monetaria, por recibir en aquel entonces, en lugar de un castellano, el peso de un castellano, en metales en pasta, equivalente al castellano que faltaba, irregularidad que se corrigió, *primero, por las marcas que los oficiales reales ponían á los tejos de metal certificando la ley de cada uno y que se había satisfecho el «quinto» del rey y después por la acuñación regular comenzada en 1537*, hace el autor una rápida alusión al abarrotero ó abacero colonial, citando de paso «El porvenir de las naciones hispano-americanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos,» celebrado libro del Sr. Don Francisco Bulnes, editado en México en 1899. No olvida, además, el Sr. Macedo, las gravámenes que sufría el comercio; la inseguridad, tanto por mar como por tierra, al hacer los transportes; pues, si bien á raíz de la conquista gozó el comercio de libertad, presto vinieron los derechos de *avería, almojarifazgo, toneladas, almirantazgo y alcabala*, los cuales explica suficientemente en párrafos posteriores.

Fundándose en datos de la valiosa obra *Comercio exterior de México desde la conquista hasta hoy*, de Don Miguel Lerdo de Tejada, y en el *Diccionario de Legislación ultramarina de Zamora*, asienta el Sr. Macedo, en su bien razonado estudio, que, desde 1521 hasta 1548, produjo México en metales por valor de 40.500,000 pesos. La producción de 1548 á 1561, fué de \$ 24.000,000, y con el botín de la conquista llega á un total de \$ 65.000,000 en el periodo de unos cuarenta años. Respecto á los primeros ciento cuarenta años del periodo de las flotas (1561-1700) no se conoce ni el valor, ni las mercancías que transportaron, ni el tonelaje de las embarcaciones de cada flota; sólo informa el Sr. Ma-

cedo sobre las clases de artículos importados y exportados. Del siglo XVIII, hasta el año de 1778, consigna un notable incremento en los cambios marítimos, y calcula los metales preciosos salidos del país, de los años de 1766 á 1778, arriba de \$ 155.000,000, que formaron el 95% de la exportación, sin incluir buques registrados con bandera neutral por causa de la guerra con Inglaterra.

Sigue estudiando el Sr. Macedo el desarrollo mercantil de la Nueva España después de abolido el sistema de flotas, de abiertos otros puertos españoles al comercio americano, de haber sido autorizados los buques neutrales para traficar entre puertos extranjeros y América, y, cerca ya de la Independencia, de haber sido habilitados varios puertos mexicanos en ambos mares para el comercio extranjero, hasta llegar á demostrar ampliamente cómo se acreció el comercio del país, con esa ligera ráfaga de libertad.

Y frente á tantas y tantas prohibiciones, los estancos.

He aquí la lista que intercala el autor de los artículos estancados: «la pesca, la nieve, la pólvora, el tabaco, los cordobanes, el alumbre, el estaño, el plomo, los naipes, el azogue, la sal, y quién sabe cuántas cosas más.» Y agrega el Sr. Macedo este elocuentísimo párrafo:

«Y lo que no era estanco, monopolio legal, era monopolio de hecho, consumado no pocas veces por medio del acaparamiento; y fundado siempre en la fuerza del capital, concentrada en manos del clero y de unos pocos comerciantes ó propietarios, en perjuicio de las clases medias y de las inferiores, y que les chupaba toda la sangre, toda la vida que ellas, con trabajo embrutecedor, sin elementos ni instrumentos de ningún género, sin escuelas y casi sin esperanza de redención, arrancaban, en medio de la ignorancia y el vicio, á este

suelo fabulosamente rico en la leyenda, difícil y pobre, casi hasta la miseria, en la realidad.»

En el capítulo II de esta interesantísima monografía, se ocupa el autor de la evolución mercantil desde la Independencia hasta el restablecimiento de la República en 1867. Si bien es cierto que la iniciación de la Independencia se debió á las clases inferiores movidas por el Sr. Cura Hidalgo, no lo es menos que su verificación se debió, en la forma que la realizó Iturbide, al clero y las clases que habían preponderado en el régimen colonial. Las mismas turbias corrientes económicas siguieron infiltrándose por la sociedad mexicana independiente, más enfangadas aún por el estado constante de guerra y la inseguridad agravada con el bandidaje de camino real. Los ciudades mexicanas eran en su mayor parte propiedad del clero. Carlos III había logrado desposeer á los jesuitas y lanzarlos de sus dominios; pero el clero, en general, ocupaba en plena posesión porciones de la ciudad con sus conventos que ahogaban materialmente todo desarrollo urbano; y sin que se le escasearan las fincas rústicas, amen de las limosnas y dádivas arrancadas á los ricos devotos, prestos siempre á adquirir, con sus dineros, un rinconcillo del paraíso. Dice el Sr. Macedo: «Ejercía el clero notoria influencia sobre todas las clases sociales. ¿Qué hizo de ella? Usarla en beneficio propio, y absorber las mejores tierras y las mejores fincas urbanas, sin devolver á la colectividad, ni en educación, ni en instrucción, ni siquiera en ejemplo de moralidad y cultura, las fuerzas que extraía del organismo social. Por el contrario, las comunidades religiosas llegaron á ser foco de escándalo corruptor, y contra ellas, ni los prelados podían nada, porque estaban substraídas á su jurisdicción.» Al clero se agregaban os hacendados, en su sórdida explotación

del peón; los comerciantes acaudalados que seguían pidiendo al monopolio enriquecimientos rápidos; la especulación desenfrenada de los mineros; y, sobre todo, eso que señala el Sr. Macedo, la revolución, la guerra civil. Así repite justamente el autor: «las ideas directoras, al hacerse la Independencia, no habían cambiado, y los métodos y procedimientos de gobierno, eran, substancialmente, los mismos que se habían empleado durante el régimen colonial.» Vamos á ver cuán exacta es esta apreciación en materia mercantil.» Y lo prueba hasta la evidencia, entrando luego en un expresivo análisis de los aranceles, de las guías y tornaguías, y de tantas otras trabas impuestas al esfuerzo comercial. El contrabando era la reacción provocada por el detestable sistema, y el Sr. Macedo cita al insigne Dr. Mora que estima en su libro «México y sus revoluciones» que, en el año económico de 1831-1832, las importaciones declaradas ascendieron á \$22.833,842, y las de contrabando á \$16.445,126.

Partiendo de 1853, en que los datos suministrados por el Sr. Lerdo de Tejada abren senda en la intrincada selva oscura de las viejas finanzas mexicanas, el Sr. Macedo llega á la promulgación del Código político de 1857, al golpe de Estado de Comonfort, al ingreso de Juárez á la presidencia, á la guerra de Reforma, y á la mano de hierro con que el ilustre presidente de la República aplastó sin vacilaciones la mano muerta; y rápidamente, á la intervención francesa, á la abnegación heroica de Juárez en Paso del Norte, hasta volver á México á enarbolar la bandera republicana en el antiguo palacio de los virreyes españoles, trocado para siempre en residencia futura de los presidentes de la República mexicana.

Desde el restablecimiento de la República hasta la época actual, se intitula el Capítulo III.

Al nuevo advenimiento de la República los estancos y monopolios desaparecieron, si bien algunas prohibiciones estaban inscritas en el Arancel de 1856, vigente aún, contrarias á la Constitución, pero que no se llevaban á cabo; la alcabala si continuaba, y continuó hasta el triunfo económico del ilustre estadista el Sr. Limantour. Venía siendo, desde 1864, Secretario de Hacienda el Sr. Lic. Don José María Iglesias; pero por motivos de salud en Enero de 1868 le sucedió en el desempeño de ese encargo el Sr. Lic. Don Matías Romero que, desde aquella remota época, inició sus difíciles y laboriosos trabajos que, con razón, aplaude y admira tan calurosamente el Sr. Macedo, haciéndole plena justicia, ya que el público no ha cumplido con ese sagrado deber. No fué muy afortunado el Sr. Romero en sus primeras generosas tentativas; las circunstancias mismas del país se lo impedían. Sin embargo, mucho adelantó en sus propósitos liberales. Al salir del Ministerio el Sr. Lic. Romero, el Sr. Mejía, que le sucedió, no puso mano en el Arancel. Pronto la revolución dió fin á la administración del Sr. Lic. Don Sebastián Lerdo de Tejada y, al empuñar las riendas de la administración de la República el Sr. Gral. Don Porfirio Díaz, poco después de su triunfo, llamó á la Secretaría de Hacienda al Sr. Lic. Romero, que la desempeñó de nuevo. Redujo entonces las cuotas en cuanto le fué dable. Combatió vigorosamente el contrabando que habia llegado al escándalo y, en este sentido, tuvo un continuador decidido en su sucesor el Sr. Don Trinidad García; correspondiendo al Sr. Toro, sucesor á su vez del Sr. García, reunir, en 8 de Noviembre de 1880, en un solo cuerpo las disposiciones arancelarias. El Sr. Macedo, en esta parte, da una idea clara de esa gestación fatigosa del progreso arancelario. Al segundo período presidencial del Sr. General Díaz, bajo la

dirección del Sr. Lic. Dublán, el Departamento de Hacienda, consagra concienzudo estudio á la cuestión de tributación aduanal, ya bajo el nombre de Ordenanza de Aduanas, expedida en 24 de Marzo de 1885. Sucedió á la Ordenanza de 1885, la de 1887, y á ésta la de 1891. Muerto el Sr. Lic. Dublán, en Mayo de 1892, le substituyó el Sr. Romero, llevando como Subsecretario del Departamento al Sr. Lic. Don José Y. Limantour, que pronto debía sucederle á su vez en el desempeño de la importante Secretaría de Hacienda, y cuya gestión financiera ha sido tan fructifera como aplaudida en México y en el extranjero. No encuentra el Sr. Lic. Macedo muy perfecto nuestro sistema arancelario; pero él mismo dice: «Nadie podrá pretender que sea el mejor, ni mucho menos; pero si se hubiere substituido por otro, se habrían causado nuevos y profundos trastornos á nuestro comercio exterior, tan necesitado de tranquilidad.»

Después de incluir en este estudio el Sr. Macedo varias tablas estadísticas de singular interés, consigna estas elocuentes cifras.

En 1872-73 nuestro comercio exterior importaba	\$	51 760,017
En 1892-93, veinte años después, ascendía á	\$	154 085,355
Y en 1902-03, alcanzó ya á	\$	410 723,163

Las Instituciones Bancarias motivan el Capítulo IV de la *Evolución Mercantil*.

Para dar una idea de la justificación personal con que trata esta cuestión el Sr. Macedo, reproducimos una nota que acompaña al título del capítulo. «El autor cree de su deber advertir, que ha sido Abogado Consultor del Banco Nacional desde su fundación en 1882, y que, por lo mismo, ha tomado participación activa en las polémicas y discusiones, á veces un poco vivas, que en años pasados se suscitaron

con motivo de la concesión de dicho Banco. Hará bien el lector en tenerlo presente, por más que el autor haya procurado limitarse á exponer hechos que constan oficialmente ó están bien comprobados, absteniéndose de hacer los comentarios y apreciaciones que no eran absolutamente necesarios para su narración.» E historia en seguida el distinguido jurisconsulto nuestro exiguo desenvolvimiento bancario hasta el año de 1882, y luego el enorme desarrollo que de aquella fecha á nuestros días ha alcanzado esa fase de la humana riqueza en México. Durante el efímero imperio de Maximiliano se fundó en 1864 el primer Banco de emisión, circulación y descuento entre nosotros, estableciéndose, sin autorización especial, mediante sólo la simple inscripción en el registro de comercio de su escritura constitutiva, en forma de sucursal de una sociedad inglesa de responsabilidad limitada, que se denominaba: *London bank of Mexico and South America, limited*. Se llamó vulgarmente en México esa sucursal, *Banco de Londres*. En 1875 se fundó otra institución bancaria en el Estado de Chihuahua, bajo ciertas, especiales condiciones. En 1881 se inició la fundación del Banco Nacional actual y comenzó sus operaciones definitivas ese Banco el 27 de Marzo de 1882. Entre los varios trabajos que, para la reforma monetaria, se emprendieron, fué una de ellas la averiguación sobre la cantidad de numerario existente en la República, las existencias en metálico, y la circulación de los Bancos, fueron:

	Caja.	Circulación.
En 30 de Junio de 1893.....\$	17.940,000	\$ 25.270,000
En 30 de Junio de 1901.....\$	56.119,000	\$ 63.629,000
Aumento en ocho años.....\$	38.179,000	\$ 38.359,000

En materias bancarias no hemos tenido

en México más fracasos, que el relativamente insignificante del Nacional Monte de Piedad; y el escandaloso, si no importante por su trascendencia en el Comercio de México, de una casa banquera americana.

Unidos los Bancos Nacional y Mercantil, regularizada la existencia del Banco de Londres con la adquisición de la concesión otorgada al Banco de Empleados; los Bancos hipotecarios, *que no han merecido hasta ahora*, dice el Sr. Macedo, *el mismo favor que los de emisión*, funcionan en un estrecho círculo de operaciones. No así el *Banco Central Mexicano*, que muy hábilmente manejado y bajo el amparo de la ley de 1897, *más bien funciona como un nuevo Banco comercial, con claras tendencias á convertirse en centro de los Bancos locales de emisión de los Estados*, resultando que la circulación de billetes de los Bancos de los Estados se ha vuelto nacional, no estando asegurada en términos legales la conversión fácil de esos billetes en metálico, lo que hace temer al Sr. Macedo, que en momentos de crisis, provoque serios conflictos. A la simple vista, la actitud del Banco Central Mexicano, en esta parte, ha sido muy favorable al desarrollo de las operaciones comerciales en la República; y si la ley es deficiente á ese respecto, la unidad de la moneda de papel en el país, ha estrechado y ampliado fácilmente las relaciones mercantiles entre la Capital y los Estados.

Y concluye el sabio autor de esta monografía, de la cual hemos querido dar noticia á grandes rasgos, con estas hermosas palabras: «... hemos procurado ajustar nuestra relación á la verdad de los hechos, tal como nos parece haberlos visto, y á la influencia de sus causas, tal como la hemos entendido, procurando que cada uno resulte responsable de sus acciones en bien ó en mal, no por lo que de él se escribe,

sino por lo que ellas sean en sí mismas, ó por el juicio que el lector forme, con arreglo á sus principios políticos, á sus compromisos de partido ó, si se quiere, á sus simpatías ó antipatías personales.»

Ahora bien; después de leer el libro del Sr. Macedo en sus tres monografías, y el apéndice que felizmente le agregó al reimprimir aquéllas, descansa el espíritu en un blando lecho de satisfacción patriótica. El camino ha sido largo y penoso; cuántas veces la nave ha estado á punto de zozobrar, ha habido que aligerarla echando al mar el peso que la hundía; media República se ha perdido en medio de la tormenta; pero después de esa amputación

dolorosa, cuál se yergue la República, en medio de la paz y del trabajo, en el grupo feliz y glorioso de las naciones civilizadas. Libros como el del Sr. Macedo necesitan México. Ellos son acicate y aliento para la marcha. Es necesario leer ese libro y hacer que sea leído. El que no tiene idea del organismo de la patria no puede amarla. Yo, por lo menos, después de leer ese libro sobrio, erudito, claro y metódico, he sentido acrecerse mi adhesión y mi entusiasmo por mi país y por sus hombres.

En nuestro próximo número nos ocuparemos de «Comunicaciones y Obras Públicas,» segunda monografía del Libro del Sr. Macedo.

J. E. V.



A VIRGINIA REITER*

Ilustre y lírica actriz
Del teatro en el proscenio,
Diademada por el genio
Eres una emperatriz! . . .

Deja tu paso una huella
De alegría ó de dolor,
Y alumbras como una estrella
Y aromas como una flor. . . .

De la tragedia sombría
Sangras clavada en la cruz
O irradias melancolía
Como una luna su luz. . . .

Dices palabras de amores
Y desciende su raudal
Como una lluvia de flores
Que cayera de un rosal. . . .

Y tu rostro el dolor finge
O esconde sonrisa ambigua
Como la faz de la esfinge,
Como una máscara antigua.

Tus ojos son un poema
De ternura y de pasión,
Fieros como un anatema,
Dulces como una oración;

Y arden idilios amantes
O luce pena fatal
En esos negros diamantes
De espléndida luz astral. . . .

Tu voz de ternura llena
se oye á veces arrullar
Como un canto de sirena
Entre el tumulto del mar!

Y el genio tu sien decora
Con olímpico laurel;
Alto es tu numen, Señora,
Llegue mi canto hasta él. . . .

Y tú que te alzas y escalas
Las estrellas y el zafir
Y vuelas y con tus alas
Puedes al cielo subir,

Cumple nuestro alto deseo,
Y del Arte á la región
Celeste, como un trofeo
Alza nuestro corazón. . . !

JOSÉ JUAN TABLADA.

(* Leída por la Señorita María Rosales en la última función popular).

EL CERRO DE LAS CAMPANAS

(LA COLLINE DES CLOCHES)



Maximiliano.



Carlota.

El acontecimiento era cruel, pero no inesperado. Parecía inminente desde la partida de nuestras tropas.

En aquel momento, México todo, reconquistado por Juárez, que iba á establecer su gobierno á San Luis Potosí, estaba en poder de las fuerzas republicanas, con excepción de cuatro ciudades, Veracruz, Puebla, México y Querétaro.

Miramón comenzó lo que Maximiliano llamaba la pacificación por un golpe de mano feliz contra Zacatecas, donde estuvo á punto de apoderarse de Juárez. Envanecido por ese éxito, Maximiliano le escribe de México: «En el caso de que consigáis apoderaros de don Benito Juárez, de Lerdo de Tejada, de José María Iglesias, de don Luis García ó de Miguel Negrete, os encargo de una manera muy especial «hacerlos juzgar y condenar por un consejo de guerra,» conforme á la ley de 4 de noviembre, actualmente en vigor. Pero la sentencia no será ejecutada antes de ha-

ber recibido nuestra aprobación. Para eso nos mandaréis inmediatamente una copia por intermedio del ministro de la guerra. Hasta no haber recibido nuestra decisión, os recomendamos procurar á los prisioneros un trato conforme á lo que la humanidad exige, sin desatender por ello el tomar todas las precauciones necesarias para impedir una evasión.» (5 de Febrero). Esta carta no llegó á su destinatario ya en derrota; cayó en manos de los Juaristas y fué más tarde una pieza funesta del expediente del proceso de Maximiliano.

Al siguiente día de su victoria efímera, Miramón, atacado por fuerzas superiores, fué literalmente despedazado en San Jacinto (6 de Febrero de 1867); su hermano Joaquín, hecho prisionero, fué fusilado á la luz de una tea; 157 soldados franceses fueron ejecutados por pequeños grupos. Miramón, herido, se escapó á duras penas. El desaliento de Maximiliano á la noticia de esta derrota, igualó á su recién-

te exaltación; simultáneamente dos tentativas que demuestran el desorden de sus pensamientos.

Envió á Porfirio Díaz á un M. Burnouf para ofrecerle el mando de las tropas encerradas en Puebla y México, agregando que «Márquez, Lares y Cía. serían arrojados del poder y que él mismo abandonaría el país dejando el Estado á los republicanos.» Porfirio Díaz respondió: que como general en jefe de un cuerpo de ejército, no podía tener con el Archiduque otras relaciones que las que las leyes militares autorizan con el jefe de una tropa enemiga. Y al punto instruyó á Juárez de la proposición.

La segunda tentativa de Maximiliano fué una carta á Lares: «La situación de México me conmueve profundamente; cada resolución adoptada para terminar la guerra civil nos conduce á encenderla más, y por doquiera se pretende consolidar el Imperio, corren torrentes de sangre, sin obtener la menor ventaja. Se esperaba que una vez emancipado el Imperio de la intervención francesa, nuestra acción se haría sentir de una manera saludable en favor del bienestar de las poblaciones. Desgraciadamente es lo contrario lo que ha sucedido. . . . Mucho se esperaba de la habilidad, de la lealtad del prestigio de los generales Mejía, Miramón, Márquez: el primero ha dejado el servicio con pretexto de su estado de salud; el segundo ha sacrificado, casi sin combatir, todos los elementos que se le habían confiado; el tercero, después de haber arrancado todo por los medios más violentos á los ciudadanos pacíficos, ha ordenado una expedición mal calculada, cuyos sangrientos resultados no serán nunca bastante deplorados. Al mismo tiempo el tesoro está agotado; para hacer frente miserablemente á los servicios de la administración, hay que imponer préstamos forzosos imposibles de realizar, aun por medio de vejaciones, y de-

cretar contribuciones extraordinarias, más odiosas que productivas. El Imperio no tiene nada por él, ni la fuerza moral ni la fuerza material; los hombres y el dinero le huyen y la opinión se pronuncia de todas maneras contra él. Por otro lado, las fuerzas republicanas que injustamente se ha pretendido representar como desorganizadas, desmoralizadas y animadas solamente del deseo de pillar, prueban por sus actos que constituyen un ejército homogéneo, estimulado por el valor y la habilidad de su jefe, y sostenido por la idea grandiosa de defender la independencia nacional que cree puesta en peligro por la fundación del Imperio. En una situación tan crítica, no tenemos ni el recurso de un llamamiento al sufragio universal de las poblaciones, porque el voto de algunas localidades ocupadas por las fuerzas imperiales no significaría nada en cuanto al resultado. El momento de emplear este medio ha pasado, debemos renunciar para siempre. He contraído con México el compromiso solemne de no ser jamás una ocasión de prolongar la efusión de sangre. El honor de mi nombre y la gran responsabilidad que pesa sobre mi conciencia ante Dios y ante la historia, me prescriben no diferir más una gran resolución que haga inmediatamente cesar tantos males. Espero, pues, que, con la prontitud que exige la circunstancia, querráis indicarme las medidas que juzguéis pertinentes para desanudar la crisis actual, normada por las ideas expresadas en esta carta y con la única preocupación del bien y de la prosperidad del pueblo mexicano, con un completo desprendimiento de todo interés político y personal.»

Esta carta sorprendente, verdadera requisitoria contra el Imperio, dura como ningún juarista la habría pronunciado, provocaba una sola respuesta: «Si todo es así, marchaos.»

«Marchaos, respondió, en efecto, Lares, pero solamente de vuestra capital, y dirigios á Querétaro. De allí podréis, mejor que de México, tratar con Juárez. Concentrad el mayor número de tropas posible, fuerzas regulares bajo las órdenes de generales leales, tomad el mando para evitar rivalidades. Teniendo así una actitud verdaderamente fuerte, que haga comprender á los republicanos que encontrarían aún enérgicas resistencias, entraríais directamente en negociaciones con Juárez. El debate deberá limitarse á hacer estipular la introducción de las reformas constitucionales siguientes por el primer Congreso: Creación de un Senado.—Inamovilidad de los ministros de la Corte suprema.—Elección directa del Presidente y de los diputados.—Restitución del derecho de voto al clero.—Libertad para las corporaciones de adquirir bienes.—Amnistía, etc.»

Así emperador y ministros estaban de acuerdo para reconocer que el Imperio estaba condenado, era imposible, y que no había que tomar una actitud belicosa sino para procurar honorablemente su reemplazo por la república de Juárez. Hasta aquí se había visto á los gobiernos sufrir abdicaciones que por la fuerza se les imponían: éste decretaba él mismo su caída.

Maximiliano accedió á esos avisos. Instituyó á Lares jefe del poder, dió al general Tavera el mando en México del segundo cuerpo y se puso en camino para Querétaro furtivamente, á las cinco de la mañana del 13 de Febrero, con una columna de 1,500 hombres y 50,000 pesos. Marchó á la cabeza en traje nacional mexicano y llevando en su estado mayor á Vidaurri, hombre experimentado y de juicio firme y clarividente, el príncipe de Salm-Salm, prusiano que, después de haber servido en la guerra de Secesión, se había consagrado á él y ganado su confianza, el coronel López, oficial de la Le-

gión de honor, de bella presencia, de brillante cabellera, de maneras elegantes é igualmente en sus buenas gracias. El personaje más importante de aquel estado mayor era un hombrecito vivo, de ojos negros, de cabellos negros, escondiendo bajo su barba la cicatriz de una herida recibida en la mejilla, el General Márquez. Aislado, sombrío, meditabundo, marchaba aparte, no aproximándose al Emperador, sino después de dos ó tres llamamientos, y entonces muy obsequioso. Este no era de opinión que se tratara con Juárez: clerical irreductible, no concebía más que la lacha sin cuartel, dispuesto, si Maximiliano la desertaba, á seguirla en su nombre, ó en compañía de Santa-Ana.

En Querétaro, encontraron á Miramón y á Castillo, y fueron alcanzados por Méndez. Una discordia desencadenada reinaba entre los diversos miembros de aquel Estado Mayor. Miramón y Márquez se odiaban, Méndez desconfiaba tanto de uno como de otro: todos envidiaban á López á causa de las preferencias de que gozaba. Maximiliano, en medio de esas rivalidades, no sabía á qué resolverse, no teniendo autoridad para imponer una dirección á la que todo se sometería. Entretanto, como era necesario pronunciarse en favor de alguno, optó por Márquez y lo hizo Jefe general del Estado Mayor. Miramón, antiguo Presidente de la República, creía que ese título le era debido, y su descontento aumentó.

II

Querétaro contaba 35,000 habitantes. Se le llamaba la ciudad levítica porque los padres dominaban, y porque abundaban los conventos semejantes á verdaderas fortalezas. El representante del partido conservador, tenía, pues, seguro, el recibir una entusiasta acogida y un seguro apoyo. Es-

tratégicamente, no se podía escoger peor: la defensa no era posible, sino ocupando las alturas circunvecinas, y el restringido ejército de los imperialistas no era suficiente. Aparte de eso, se encontraban en una verdadera ratonera, de que no podían escaparse, sino ganando los vecinos desfiladeros de la Sierra Gorda. La llave de esta posición era el convento de la Cruz, situado sobre una roca en el ángulo sudoeste de la ciudad, dominándola sobre una longitud de 600 metros y en una anchura de 400, rodeado de una muy fuerte muralla, y comprendiendo vastos patios, una capilla, y sólidas construcciones de piedra. En frente, en la otra extremidad de la ciudad, el Cerro de las Campanas («la colline des cloches»); esas dos posiciones ligadas por un río que atraviesa la ciudad. La guarnición no contaba más que con una decena de miles de hombres, reunidos entre lo que había de más vigoroso entre las tropas mexicanas. Algunos intrépidos franceses eran de la partida.

Dos ejércitos republicanos marchaban sobre Querétaro, uno bajo las órdenes de Escobedo (12,000 hombres), el otro, bajo las de Corona (8,000 hombres), separadas entre sí por cincuenta leguas cuando menos. En un caso semejante, la estrategia que debería seguirse, era imitar lo que acababa de tener tanto éxito en Falkenstein, en el ejército del Mein, avanzar primero sobre una de las fracciones, batirla, volverse luego sobre la otra, é impedir así su reunión. Miramón lo aconsejó, Márquez, muy ignorante en estrategia, se opuso, y Maximiliano se puso de su lado. Se esperó, pues, en la inmovilidad, que los dos ejércitos estuviesen reunidos; se les dejó tranquilamente proceder á la ocupación completa de la plaza. Envalentonado por esa inercia, Escobedo, el General en jefe, intentó un asalto el 14 de Marzo, que fué brillantemente rechazado, gracias á la ca-

ballería de Mejía, en un combate en que Maximiliano se mostró muy valeroso. A pesar de todo, el sitio se estrechó.

Y toda ciudad seriamente sitiada, es una ciudad, tarde ó temprano, hambrienta.

¿Se tenía alguna posibilidad de desprenderse y hacer provisiones? ¿no valdría más salir antes de ser ahogados, y replegarse sobre México, donde se establecería en condiciones mejores el punto de la defensa suprema? Maximiliano quiso que un consejo de guerra resolviera la duda, y no queriendo influir sobre las opiniones, se abstuvo de asistir, dejó la presidencia á Miramón, y esperó el resultado en una pieza contigua. Como en todas las ocasiones, Márquez y Miramón fueron de distinto parecer, sosteniendo Márquez la urgencia de volver á México, y Miramón, la necesidad de permanecer en Querétaro. El consejo todo se puso de parte de Miramón: no valía la pena haber abandonado México para volver inmediatamente; además, las tropas, insuficientemente disciplinadas, eran incapaces de afrontar, en una retirada, los ataques de dos fuertes ejércitos. Pareció suficiente enviar á México al General Márquez con el título de lugarteniente general, y con los plenos poderes del Emperador.

Dos afirmaciones contradictorias se encuentran en presencia en las instrucciones recibidas por Márquez. Según Maximiliano y sus Generales, le había sido prescrito traer de la capital tropas, municiones, fondos, y él había dado su palabra de honor ante todos, de estar de vuelta en veinte días á lo más tarde. Según Márquez, no se le había encargado de llevar á Querétaro la guarnición de México: debía solamente conservar la posesión de la capital como un centro de resistencia y de reunión, en caso de accidente desgraciado en Querétaro, y enviar, por medio de correos diarios, los fondos y municiones que pu-

diera procurarse. Hubiera sido bien inútil darle los poderes extraordinarios de lugarteniente general, si no hubiera tenido más que el papel de agente encargado de traer tropas.

Vidaurri fué adjuntado á Márquez como Ministro de Hacienda y Presidente del Consejo. Iribarren, conocido por su indomable energía, dirigiría el interior en lugar de Lares. Maximiliano completó esas medidas por una acta intitulada, «acta de abdicación,» en la cual no se dice una sola palabra de abdicación. En ausencia de la Emperatriz, instituyó una regencia, «que aseguraría la felicidad de la nación mexicana, aun después de su muerte» (20 de Marzo de 1867). En la noche del 22, Márquez dejó á Querétaro acompañado de mil caballos, mandados por el General Quiroga. Mientras que Maximiliano se debilitaba así en vista de un socorro eventual, Escobedo se robustecía con un fuerte contingente.

III

Márquez burló la vigilancia del enemigo, y llegó á México el 27 de Marzo, en medio de la estupefacción general. La capital había atravesado ya malas horas. El bloqueo comenzó á estrecharse á su alrededor. Miserablemente defendida (6,000 hombres), había comenzado á ser puesto á ración. Se había establecido, aun sobre los extranjeros, una contribución del uno por ciento sobre todo capital susceptible de ser empleado en una industria cualquiera; debiendo efectuar el pago, mitad en seis días, mitad en los quince siguientes. Hubo imposibilidad material de hacerlos efectivos. Márquez, al siguiente día de su llegada, convocó al alto comercio y á los grandes propietarios extranjeros ó indígenas, y tasó á cada uno en una suma pagadera inmediatamente. Hubo exclamacio-

nes, pero al final del día, el Tesoro tenía en caja más de 1,500 francos.

Así provisto, encargó á Vidaurri del gobierno y partió para Puebla con 3,500 hombres (1,900 infantes, 1,600 caballos y una batería). Había recibido malas noticias de esa ciudad, sitiada estrechamente por Porfirio Díaz y sus 8,000 hombres. Llegando rápidamente, aprovisionándola, se reforzaría con lo que encontrara, volvería con fuerzas á Querétaro, y obligaría á Escobedo á levantar el sitio. Su plan era atrevido, y su éxito hubiera puesto á la República en peligro. Una dama de México advirtió á Díaz, y éste, que estaba desprovisto de municiones, pidió al General Alvarez, reunió á sus oficiales, y les dijo: «Cuando vean ustedes una fogata encendida en el cerro de S. Juan, entrarán ustedes á Puebla.» A las cuatro de la mañana encendió el fuego, y dió el asalto por trece lados á la vez. Los imperialistas, sorprendidos, se rindieron, y los fuertes capitularon. (4 de Abril).

Díaz, sin perder un instante, marchó sobre Márquez. Este no supo tomar ninguna disposición. Su tropa, amenazada de ser envuelta por la caballería enemiga, se dispersó, y él, dejando á sus tropas salir como pudieran, pasó sobre algunos ginetes que le obstruían el camino, y huyó á rienda suelta con su Estado Mayor rumbo á México. Ni un solo soldado hubiera entrado sin la sangre fría del Coronel austriaco Kodolisch que tomó el mando, unió los restos de los mexicanos alrededor de sus tropas, y condujo á los 2,000 hombres. (8 de Abril).

Esta derrota produjo efectos desastrosos. Aun era Márquez temido, pero ya no era respetado. Los austriacos lo acusaban altamente de cobardía y de incapacidad; no se sostuvo sino redoblando su rigor. El desaliento fué universal. Porfirio Díaz no intentó entrar por fuerza á la capital.

Tomó Guadalupe y Chapultepec, posiciones excelentes, comenzó el bloqueo, cortó los caminos, trayendo de Puebla el material necesario. (14 de Marzo).

Márquez, bloqueado, estuvo en la imposibilidad de conducir á Maximiliano un socorro de que él mismo tenía tan grande necesidad.

IV

Mientras, en Querétaro se decía todos los días: «Márquez va á llegar.» Las privaciones aumentaban, los recursos disminuían, mientras que los del enemigo se aumentaban. El 24 de Marzo, Escobedo intentó un nuevo asalto por tropas recientemente llegadas, que avanzaron con tanta más resolución, cuanto que se les había prometido una fácil tarea. Aquellos soldados tenían un aspecto deslumbrante de limpieza, pues llevaban pantalones blancos que habían lavado antes de la batalla, paseándose á través del campo en traje de Adán mientras que se secaban. Se les permitió aproximarse hasta algunos centenares de pasos, y se les acogió por una lluvia tal de proyectiles, que huyeron desafortunadamente. Una segunda columna no fué más afortunada. Por un momento se apoderó de la Casa Blanca, pero no pudo sostenerse. Méndez la rechazó, y por más que volvió á la carga, fué cegada, y se retiró dejando en el campo dos mil muertos.

Maximiliano dió á los más merecedores en aquel combate una medalla de bronce. Cuando todos los oficiales fueron condecorados, Miramón ofreció una al Emperador, diciendo: «En nombre del ejército, me tomo la libertad de otorgar esta prenda de valor y de honor, al más valiente de todos.»

Todo aquello era muy honorífico, pero no procuraba víveres ni tropas. Márquez no llegaba, y por valiente que fuera la re-

sistencia, el resultado era fatal. Mejía y Méndez lo presentían, y adjuraron á Maximiliano á salir de la ratonera cuando aún era tiempo. La Sierra Gorda estaba á 8 leguas al nordeste de Querétaro; unos cuantos hombres bastarían para detener á un ejército en los estrechos desfiladeros de esa montaña. Era el país natal de Mejía; allí era rey absoluto; todos los indios le llamaban «papá Tomasito,» y hubieran tomado las armas á su primer llamamiento. El Emperador hubiera podido permanecer durante meses, y de allí ganar la costa. Miramón, que desde la partida de Márquez se había hecho todopoderoso sobre la mente de Maximiliano, lo desvió de ese consejo. Querétaro podía aún resistir; no era seguro que Márquez no volviera, era preciso esperarlo. Esta obstinación respondía al sentimiento de orgullo, que era el fondo del carácter de Maximiliano. Quería acabar, pero teatralmente, como caballero que entrega su espada con frases sonoras, no como triste aventurero que se esquivo en los desfiladeros de una montaña. Estaba, además, convencido, de que nada arriesgaba quedándose, y que á pesar de lo que sucediera, Juárez no se atrevería á atentar contra la vida de un Archiduque de Austria. Sin preocuparse por la suerte de sus Generales, poco seguros de la misma impunidad, sacrificó su seguridad á su deseo de hacer brillante figura, y permaneció.

Márquez continuaba no llegando, los víveres y las provisiones agotándose, y los hombres disminuyendo. Las más extremadas medidas de defensa fueron adoptadas. Todo el azufre y el salitre, aun el de las farmacias, fué requisicionado; las campanas de las iglesias, el techo de plomo del teatro fueron fundidos; se vivía de maíz y de carne de mula. Se corría tras del dinero por medios que Márquez no hubiera desechado. Así, habiendo un habitante rehusado 30,000 francos, fué expuesto 18

horas al tiroteo de los asaltantes en una trinchera, y luego confinado en el desván de una escalera, donde permaneció sin comer ni beber hasta que la suma fué entregada. Una joven fué detenida y encerrada en un reducto inmundo, hasta que su padre hubo llevado las sumas que se le reclamaban. A los que se colocaba en las trincheras, se les ponía una antorcha en la mano, para que pudieran servir mejor de blanco á los sitiadores. Todo eso se agravaba con el disentimiento más agudo entre Méndez y Miramón. Cada uno quería que el Emperador hiciera arrestar al otro.

No llegando Márquez, Maximiliano resolvió mandarlo buscar. Encargó al príncipe de Salm-Salm ir por él á México, traerlo á toda costa, y arrestarlo en caso de que lo hubiera traicionado. Miramón adjuntó á Salm-Salm al General Moret. Los dos enviados encontraron á los enemigos advertidos por los espías, y tuvieron que regresarse. Se pensó entonces que sólo un hombre franquearía más fácilmente las líneas: se mandó al alsaciano Muth.

Las malas noticias llegaron antes de su vuelta. Un ruido de campanas, y la diana sonando en el campo de los sitiadores, anunciaron que estaban de fiesta, y un hombre de la hacienda de Jacal, cuartel general de Corona, vino á contar que los Generales se felicitaban por una derrota de Márquez entre Puebla y México, deliberaban sobre lo que se haría con Maximiliano, diciendo que era necesario fusilarlo, y expresaban el temor de que el Gobierno lo fuera á perdonar. «Contra eso, había dicho Corona, hay un remedio; podía ser fusilado por su escolta, como el Presidente Comonfort.»

Maximiliano no quería creer en la derrota de Márquez, cuya presencia no se explicaba del lado de Puebla. Muth le trajo la confirmación. Habiendo entrado al campo liberal como desertor, tenía datos

ciertos; Márquez derrotado, Puebla desamparada, el enemigo resuelto á no intentar asalto, sino á estrechar el cerco para rendir por hambre al enemigo.

Maximiliano tomó entonces la resolución desesperada de atravesar con su ejército las líneas enemigas. Nadie fué instruido de su proyecto, salvo Miramón, Castillo, Salm y López.

A fin de que los habitantes no tuviesen sospechas, los clarines sonaron diana, las campanas no fundidas aún repicaron como en festejo de victoria. La impetuosidad con que las tropas atacaron á los sitiadores fué tal, que los republicanos, arrollados, abandonaron 15 cañones, una considerable cantidad de armas, municiones y prisioneros, y huyeron en pánico, algunas hasta cuatro leguas de Querétaro. El objeto de la salida iba á ser alcanzado: muchas horas transcurrirían antes que Escobedo pudiera enviar nuevas tropas y restablecer sus negocios; había que aprovechar rápidamente aquella corta tregua para intentar desprenderse del abrazo en que iban á ser ahogados. Pero Maximiliano era incapaz de llevar hasta el fin un designio cualquiera. Aturdido por las aclamaciones que lo acogían en el campo de batalla, no se precipita hacia la salida en ese momento libre, se detiene á deliberar con Miramón, y se deja persuadir de que en lugar de huir, es mejor permanecer y acabar la victoria. El tiempo de esa deliberación no había sido perdido para Escobedo. Cuando los imperialistas, volviendo á tomar la ofensiva, intentaron subir las lomas del Cimatarío, las tropas republicanas, de vuelta ya sobre la cumbre, las recibieron con un fuego terrible, y á pesar del ejemplo de Maximiliano, que marchaba á su cabeza espada en mano, fueron á su vez rechazados y arrojados en medio de un inmenso desorden, más allá de las posiciones por un instante conquistadas. Jor-

nada gloriosa á pesar de todo, puesto que se habían hecho 600 prisioneros, y tomado 22 cañones, pero estéril, y que hacía desvanecer la última esperanza de salvación. (27 de Abril).

V

Comenzó entonces la agonía de la plaza. El dinero, las municiones, los víveres, hasta el maíz faltaba; el hambre reinaba; la infantería, agotada, tuvo que ser reemplazada en las trincheras por la caballería, cuyos animales habían muerto de hambre; cada noche, soldados y oficiales desertores se presentaban á las puertas del campo enemigo pidiendo pan; la guarnición no contaba más que con 5,137 hombres.

Hasta entonces se habían podido preguntar si capitularían, ó si intentarían la salida. Ahora no pensaban ni en fugarse, pues la línea de sitio era hermética, ni en capitular, pues el enemigo no hubiera consentido. La elección no estaba, pues, sino entre rendirse á discreción, ó dejarse morir, ó esperar un asalto, que habría sido un saqueo y una carnicería.

Miramón y algunos oficiales propusieron la tentativa desesperada de un último esfuerzo para salir de la plaza, después de haber clavado los cañones y destruido las municiones.

Era un proyecto de locura salvaje. Apenas, los sitiados extenuados, hubieran hecho algunos pasos, hubieran sido acribillados, tasajeados, anonadados, sus oficiales fusilados sobre el terreno sin proceso, y la ciudad, sobre la que se hubiera arrojado una soldadesca desenfundada, pasada á fuego y sangre. Entonces se despertó en Maximiliano ese instinto de su naturaleza, tan invencible como el orgullo, la bondad. Sintió horror de cubrirse inútilmente de tanta sangre; pero siempre débil, no sa-

biendo resistir de frente, temiendo ser desobedecido, intrigó. Pareció aceptar el principio de la loca salida, y se ingenió para retardar el día, con los pretextos menos serios. Primero se fijó el 10 de Mayo, luego el 13. En fin, acorralado por Miramón, decidió que sería en la noche del 14 al 15. Un consejo de guerra fué convocado el 14 en la noche, para arreglar las últimas disposiciones.

Entonces Maximiliano recurrió á un medio radical. Encargó á su favorito López ir á ver á Escobedo, y pedirle que lo dejara dirigirse con su comitiva, y escoltado por el regimiento de la Emperatriz, al puerto de Tuxpan, de donde se embarcaría para Europa, dando su palabra de honor de no volver jamás á México; en caso de negativa, era tan vivo su deseo de impedir á toda costa la insanidad en vías de preparación, que se rendiría á discreción. Presentándose en la Cruz como á las tres de la mañana, Escobedo no encontraría ninguna resistencia, y el Emperador se constituiría prisionero. Esperaba que desplomándose el Imperio, y partiendo él, la exasperación calmaría, y que Juárez, entonces, cedería á la clemencia, á la cual se inclinaba. Lo esencial era, pues, obtener la libertad de partir. Ganado esto, seguiría lo demás.

Provisto de esas instrucciones, López se presentó á las siete de la noche en el campo de Escobedo, y pidió ser introducido cerca del General en Jefe. Este lo recibió con desconfianza. Sin embargo, López se decía tan formalmente enviado de Maximiliano, que consintió en conversar en particular. Cuando hubo oído sus pretensiones dijo: «Tengo órdenes precisas, no puedo tratar más que de la rendición sin condiciones.» López quiere discutir; hace el elogio de los Jefes y de las tropas imperialistas: el Emperador puede aún forzar las líneas, prolongar la guerra y la efu-

sión de sangre. Escobedo responde: «Conozco vuestra situación tan bien como vosotros. Sé que queréis intentar una salida, que las columnas ya formadas esperan la orden de franquear las trincheras. Para mí no es sino muy satisfactorio, y hasta facilitaré ese movimiento, dejando un paso libre, á fin de caer sobre los vuestros con mis doce mil ginetes, que harán del campo de batalla un lago de sangre imperialista.» Los desertores que Escobedo recibía á diario, le hacían, en efecto, conocer la verdadera situación de los sitiados. López no encontró nada que responder.

Escobedo creía la conversación terminada, cuando con sorpresa escuchó al emisario reanudarla, diciendo que el Emperador le había ordenado «poner fin al sitio con no importa qué condiciones, porque estaba resuelto á impedir una operación sangrienta; se entregaba á discreción: á las tres de la mañana las fuerzas que defendían el Panteón de la Cruz, serían concentradas en el convento, y los republicanos podrían hacerse dueños sin resistencia de esa llave de la posición.» El General republicano no pudo impedir el manifestar su incredulidad á proposiciones tan extrañas de parte de un príncipe, que acababa de dar pruebas de tanta energía en Orizaba. Pero López le reveló que el Emperador no quería ya seguir defendiendo la plaza; que creía todos sus esfuerzos absolutamente inútiles; las columnas que debían forzar la línea de sitio, estaban, en efecto, formadas; pero él quería detenerlas y no estaba seguro de que sus órdenes fueran seguidas por jefes obstinados que ya no le obedecían.

VI

Mientras que López parlamentaba, Maximiliano deliberaba con sus Generales, ga-

nando tiempo en discusiones pueriles sobre los términos de una proclama por redactar. Varias veces mandó á un ayuda de campo á buscar á López, á quien no se encontró en su alojamiento. A las once llegó por fin. Se notó su aspecto turbado. El Emperador lo excusó atribuyéndolo á su contrariedad por haberse hecho esperar. Después lo llamó aparte y habló con él largamente. López le dió cuenta de su misión, de su mal éxito, y le advirtió lo que había convenido con Escobedo. Concluida la conversación, Maximiliano lo condecoró delante de sus oficiales, con la medalla militar. «¿Por qué . . . ?» es un misterio, dice Salm. El misterio está hoy aclarado. Allí mismo el Emperador ordenó posponer la salida para el día siguiente. Y como Miramón se asombrara: «No os aflijáis, Miguel, ¿qué importan veinticuatro horas para el éxito de una operación de guerra? Sire, dijo Miramón, no soy de vuestro parecer. ¡Que Dios nos guarde en estas veinticuatro horas!» Y se retiró muy descontento. Al instante, Maximiliano dió á López orden de hacer desensillar todos los caballos de su comitiva y el regimiento de la Emperatriz, listos para la salida, y se retiró á su cuarto. «No se acostó sino á la una de la mañana. La agitación le impidió dormir.» A las tres, la hora fatal, llamó al Dr. Basch. Sufría mucho; Basch lo cuidó, lo alivió un poco, luego se retiró, y Maximiliano esperó.

Escobedo no estaba convencido sino á medias; de que López ejecutara las órdenes del Emperador; no estaba seguro de que esa pretendida rendición no ocultara algún lazo. Enviando al Panteón de al Cruz al General Vélez, al que había referido la misión de López, le recomendó ponerse en guardia contra todos, aun contra el mismo López. Vélez llega á la Cruz. No encuentra resistencia. No distingue sino á López que hace una ronda. Se apo-

dera de él, lo amenaza con volarle la tapa de los sesos si hace un movimiento, le manda que dé su palabra de no evadirse y de guiarlos á través del convento. López, sin ninguna resistencia, dió su palabra de honor y los condujo. Encontró, sin embargo, la manera de separarse un instante, de lanzarse al cuarto de Salm y de gritarle: «¡Aquí está el enemigo, salvad al Emperador!» A la voz de López, Salm corrió adonde Maximiliano se encontraba, lo encontró levantado, vestido, con una calma que sorprende á todo el mundo. El, en efecto, no estaba sorprendido. «Hemos sido traicionados, dijo, que los húsares y la guardia marchen, iremos al Cerro de las Campanas y allí veremos que hacer.» Desciende, después de haberse echado una gran capa sobre su uniforme á causa de su enfermedad. Sobre el camino se encuentra con soldados de Escobedo, y entre ellos á López, al lado del republicano Gallardo, á cuya hermana había en un tiempo favorecido. Este reconoce á Maximiliano, no lo detiene, y aun dice á sus soldados: «Son civiles, déjenlos pasar.» «Ya veis, dice Maximiliano á Salm, que es siempre útil ser bueno y hacer beneficios.» No manifiesta ninguna extrañeza de ver á López entre los invasores.

En ese momento López desaparece y vuelve casi al punto con un caballo ensillado; «Montad Sire, le dice, corred á casa del banquero Rubio, allí estaréis en seguridad, y de allí ganaréis la costa.» Maximiliano, como antes, no manifiesta ni cólera ni sorpresa. Rehusa el caballo y continúa dirigiéndose á pie hacia al Cerro de las Campanas. Llega. El sol estaba deslumbrante, y las campanas repicando á todo vuelo, anunciaban que la ciudad toda había caído en poder de Escobedo. Méndez no había podido ser advertido; Miramón, atacado por un destacamento de caballería, había sido herido en la mejilla y

transportado á casa de un médico amigo suyo, el Dr. Licea. Sólo Mejía había llegado con algunas tropas. Pero la defeción iba á terminarse ante los ojos mismos de Maximiliano. A cincuenta pasos del Cerro de las Campanas, un batallón entero volteó la espalda; un ayuda de campo vino á llamarlo al deber, y el comandante se rió en sus barbas.

El Cerro estaba bombardeado por todos lados. El Emperador pregunta á Mejía si era posible aún romper la línea enemiga. El General responde: «Si á mí poco se me da la muerte, no quiero exponer á vuestra Majestad á una muerte segura.» Entonces Maximiliano envía á su ayuda de campo Pradillo con una bandera blanca á tratar de la rendición. El fuego cesa. Escobedo se presenta; Maximiliano le entrega su espada. «Si es necesario, dice, que halla una víctima, que sea yo nada más. Mi único deseo es abandonar México, tomando el compromiso de no volver.» Escobedo nada puede acordar teniendo que referirse á su Gobierno. «No permitiréis que se me insulte, lo espero, y me trataréis como prisionero de guerra.» «Sois, en efecto, mi prisionero,» dijo Escobedo. Y lo confió á la guardia del Coronel Riva Palacio, gentil-hombre que llenó su penoso deber con humanidad.

El vencido fué vuelto á llevar á la Cruz, á su antiguo alojamiento. La encontró enteramente desamueblada; no quedaba más que una mesa, una silla y el catre de campaña, cuyo colchón había sido cortado con la esperanza de encontrar dinero. El Emperador, sufriendo, se acostó; se le trajo un ligero desayuno, al cual no tocó. Habiendo ido á verlo el Dr. Basch, le dijo de pronto, como dejando escapar involuntariamente su secreto interior: «Estoy contento con que todo haya pasado sin que haya habido sangre derramada; he obrado como me había propuesto hacerlo.»

El 17 de Mayo fué trasladado con Castillo, Salm y el ministro Aguirre, al convento de Santa Teresita, de donde las religiosas habían sido arrojadas; después se les transportó al convento de Capuchinas. Se le instaló en una celda que recibía el aire y la luz por una claraboya sin vidrios, abriendo sobre un corredor interior. Dos celdas vecinas fueron destinadas á Mejía y á Miramón, á quien su amigo Licea acababa de entregar. Maximiliano fué autorizado para conservar su ayuda de cámara, su «maitre d'hotel,» el Dr. Basch, y para recibir visitas, particularmente las del príncipe de Salm. Pudo telegrafiar á Viena: «Soy prisionero de guerra. No os inquietéis; se me trata de una manera que no viola en modo alguno las costumbres de los pueblos civilizados.» En efecto, Escobedo había mandado que se le tratara tan cortestamente como lo permitiera la estrecha vigilancia.

Se publicó una orden intimando á todos los que hubieran combatido por Maximiliano, constituirse prisioneros en las veinticuatro horas, bajo pena de muerte. Méndez no obedeció á esa orden: entregado por su criado, fué conducido á la Alameda (paseo de Querétato). Se le concedieron dos horas para despedirse de su familia. Pasó sus últimos momentos con su mujer, su hijo de diez años de edad, su hermana y un padre. A la seña del comandante del pelotón de ejecución, dejó á los suyos con cualquier pretexto, y marchó resueltamente á la muerte. Se le fusiló por detrás como á los traidores. Se volteó sobre una rodilla en el momento en que iban á tirarle, y agitó su sombrero, gritando: «Viva México.» Cayó hacia adelante herido, pero no muerto. Todavía consciente, señaló su oreja con el dedo, implorando que se le tirara allí; un Cazador lo remató.

VII

Maximiliano solicitó de Escobedo una entrevista. El general estaba enfermo, y no podía dejar su tienda. Envió (18 de Mayo) á traer al prisionero con dos coroneles. Maximiliano le expresó el deseo de ser conducido cerca de Juárez, «á quien tenía secretos importantes que revelar.» Escobedo respondió, que estaba sin órdenes, que iba á pedir por el telégrafo; pero que, de todos modos, él podía escribir al presidente. El Emperador no insistió, y expresó el deseo de ver á López. Escobedo consintió: podía verlo, lo mismo que á cualquiera otro. En esa entrevista, Maximiliano conjuró á su ayuda de cámara á guardar el más profundo silencio sobre su determinación del 14, y asegurarse de que Escobedo haría lo mismo, á fin de que su prestigio se salvara.

Referida esta conversación por López á Escobedo, el general le respondió: que no tenía motivo para hablar ó callarse, que ni su honor ni el de su partido estaban en juego; pero que López mismo resultaría perjudicado con su silencio, pues ya sus mismos compañeros lo acusaban de haber vendido al Archiduque; además, él no se podía comprometer á nada. López dijo con indiferencia: que los juicios sobre su conducta le importaban poco, que se callaría, pues su deber era obedecer al Emperador, á quien tanto debía; además, poseía un documento que lo lavaba de toda acusación. —Era una carta, cuya autenticidad parecía indiscutible: «Mi querido coronel, os recomendamos guardar un profundo silencio respecto de la comisión de que os encargamos acerca de Escobedo, pues, si se supiera, nuestro honor quedaría manchado.—Maximiliano.» López, provisto por Escobedo de una carta para Porfirio Díaz, se dirigió á Puebla, donde lo llamaban asuntos de familia, haciendo saber á Maxi-

miliano que quedaba á su disposición. Algunos días después, Escobedo volvió su visita á Maximiliano, de más en más enfermizo (18 de Mayo). El Emperador le dijo: que estaba muy agradecido por la manera con que lo había tratado. Preguntó si López le había hablado. A la respuesta afirmativa, contestó que no se sentía con fuerzas para soportar los reproches de sus compañeros de infortunio, si acaso sabían que López había obrado por su orden. Lo conjuró á que guardara el secreto. Escobedo le representó que ese silencio incriminaba á López, cuyo «acto infame» era ya denunciado y maldecido, y que era á ese desgraciado á quien debería dirigirse. El príncipe le aseguró: que el coronel se callaría tanto tiempo como el mismo Escobedo lo hiciera. Cediendo á la compasión, el general prometió que no hablaría. Así López no habrá sido un traidor, sino una víctima de su abnegación. Estos hechos permanecieron veinte años ignorados, y, á pesar de una protesta de López, en 1867, que no despertó un solo eco, fué objeto de la reprobación pública; llegó á fijarse el precio de su traición: 200,000 francos. Como la pobre existencia que llevara pareciera refutar esa imputación, se contaba que había perdido al juego el beneficio de su infamia. En 1887, á raíz de nuevas injurias, conjuró á Escobedo para que, al fin, revelara la verdad. El viejo general retirado, en visperas de desaparecer del mundo, creyó de su deber y de conciencia dirigir á su gobierno un informe oficial, fechado el 8 de Julio de 1887, el cual ha informado mi relato, y cuyo resumen es: «El general Miguel López no ha traicionado á Maximiliano de Austria; no ha entregado su puesto de combate.» A menos que Escobedo sea el más audaz de los impostores, lo que nadie está autorizado á pretender, deben aceptarse sus revelaciones como verdaderas. Algunas cir-

cunstancias inexplicables, de los relatos de Salm y de Busch, las habían hecho presentir: han sido definitivamente confirmadas por el confesor de los últimos días de Maximiliano, el Padre Soria. Interrogado sobre lo que pensaba de la traición de López, respondió: «El coronel López no hizo sino lo que se le mandó.»

Juárez no tardó en determinar sobre la suerte de los prisioneros. El ministro de la guerra prescribió á Escobedo llevar á Maximiliano, Miramón y Mejía, ante un consejo de guerra. Su carta, salvo algunas durezas de estilo, expresa la verdad absoluta sobre la empresa mexicana:

«El Archiduque Maximiliano de Hapsburgo se ha prestado, durante cinco años, á una obra de iniquidad y de traición. Ayudado por un ejército extranjero, ha pretendido destruir la constitución y las leyes de un pueblo libre, sin otro título que algunos votos sin valor; ha hecho pesar sobre la República todas las calamidades. No contento con hacer una guerra de filibustero, ha llamado á mercenarios austriacos y belgas, súbditos de naciones que no estaban en guerra con la República; ha promulgado un decreto asesino contra los defensores de la independencia; ha hecho proceder á ejecuciones sangrientas, y ordenado el incendio de pueblos enteros. Después de la partida del ejército extranjero, ha seguido sosteniendo, por la violencia y la devastación, su falso título, del que no se ha despojado sino obligado por la derrota. El gobierno republicano podría, en virtud de la ley de 25 de Enero de 1862, hacer fusilar, tras de simple identificación, á culpables cogidos en flagrante delito. No obstante, los consigna ante un consejo de guerra, donde podrán libremente y públicamente presentar su justificación (21 de Mayo).» Inmediatamente el teniente coronel Aspiroz, nombrado «fiscal» encargado de la instrucción, sujetó al

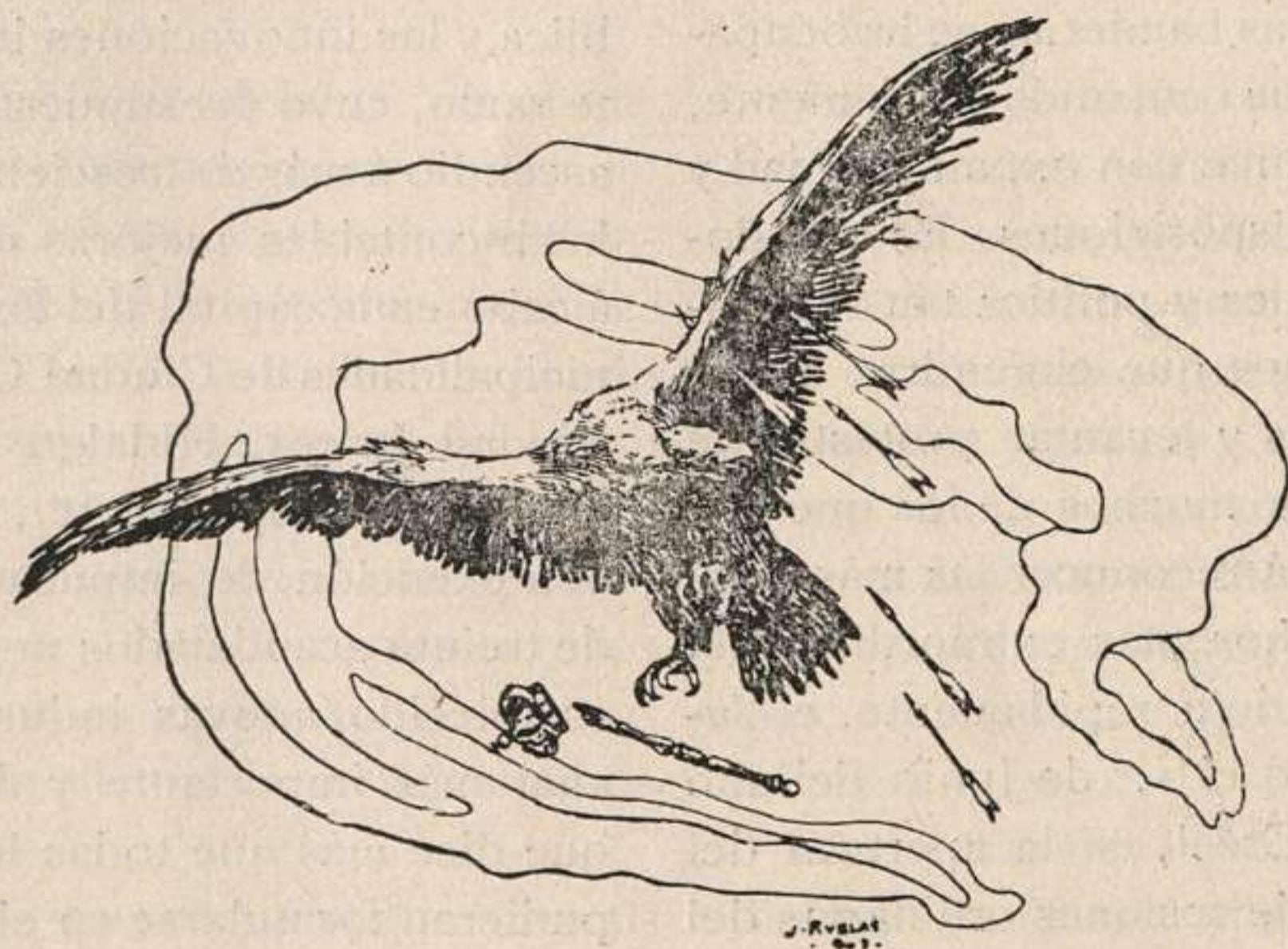
Emperador al primer interrogatorio, continuado por otro al siguiente día. Maximiliano no comprendió que, en ciertas circunstancias, ser acusado es ser condenado, y que el desdén y la dignidad del silencio son la única respuesta que no degrada. Se puso á hacer el procurador: «O me consideráis como soberano legítimo ó como simple archiduque. Si soy soberano, debo ser juzgado por un congreso nacional; si soy archiduque, debo simplemente ser enviado; en todo caso sois incompetentes.» Escribió dos cartas á Juárez. La primera pedía defensores y la asistencia de los representantes de Austria y de Bélgica ó, en su defecto, de Inglaterra y de Italia, con los cuales arreglaría asuntos de familia; la segunda decía: «Señor Presidente: deseo

hablar personalmente con Ud. de asuntos muy importantes para el país. Amándolo como lo amáis, espero que no os rehusaréis á una entrevista; estoy listo para ponerme en camino, á pesar de los sufrimientos que me causan mis enfermedades.»

Juárez no respondió directamente á ninguna de esas cartas. Hizo decir, por medio de Escobedo, que la entrevista no podía tener lugar á causa de la distancia y de la dilación del juicio; pero que ordenaba al general Díaz, dejar salir de México, sitiado por él, á los ministros extranjeros y á los abogados encargados de la defensa, con tal de que esas personas llegasen á Querétaro en el plazo fijado por la ley, pues el proceso no se interrumpiría.

(El final en el próximo número).

(De la reciente obra de Emile Ollivier, ministro de Napoleón III, intitulada: «L'Empire Libéral.»



LIBROS Y REVISTAS

No cabe duda—lo hemos dicho ya y ahora lo repetimos — que la gestión administrativa del Señor Don Enrique C. Creel, en el Estado de Chihuahua, tiene que ser más fecunda en bienes, relativamente, que la labor, sumada, de todos sus predecesores, los demás gobernantes que aquella entidad ha tenido desde que se iniciara la hermosa era de paz y progreso de que disfrutamos bajo la egida del Sr. Gral. Díaz.

No somos nosotros los primeros, ni los únicos tampoco, en proclamar la certeza de los actos de aquel gobernante, que con tanto celo ha trabajado por el adelantamiento intelectual, moral y material del pueblo que rige. La prensa de todos colores, de todos los credos y todas las banderías, se ha ocupado mucho y se sigue ocupando diariamente, en ensalzar una á una, con espontaneidad y calor, sus sabias disposiciones. Es que dotes tan excepcionales y política tan brillante no pueden menos que engendrar admiraciones inusitadas y levantar protestas de gratitud, aun entre muchos de los que por sistema se niegan á reconocer las más altas virtudes y los hechos más extraordinarios.

Si se hojea, siquiera rápidamente, el *Informe* último, leído el 1.º de Junio del año actual por el Sr. Creel, en la apertura del segundo período de sesiones ordinarias del XXIV Congreso, correspondiente al segundo año de su ejercicio, se ve luego que no podían ser infundados nuestros augurios, ni inmotivados los ardientes elogios de la prensa de todo el país y del extranjero. Contie-

ne tan interesante documento, el inventario completo y detallado de una larga serie de novedades, cuya supremacía, entre unas y otras, apenas se alcanza á distinguir. La formación de un nuevo Código Sanitario, que tan grandes ventajas tiene sobre el promulgado en 23 de Noviembre de 1892; la plantación de árboles, que en este año alcanzó el número de cinco mil trescientos trece; el afán por combatir los vicios, expidiendo reglamentos sobre juegos de azar y bebidas embriagantes; la iniciativa, generalmente celebrada, de levantar por suscripción pública un grandioso monumento al patricio Don Benito Juárez; la creación de un Consejo Superior de Instrucción Pública y las innovaciones introducidas en este ramo, cuyo presupuesto de \$ 200,000 se ascendió á más de trescientos cincuenta mil; las incontables mejoras materiales llevadas á cabo en la capital del Estado y en las municipalidades de Ciudad Camargo, Jiménez, Ciudad Juárez, Hidalgo del Parral, Casas Grandes, Batopilas, etc., y las concesiones, con exención de impuestos, hechos á cosa de treinta acaudalados negociantes que han establecido nuevas industrias, son actos á cual más importante y de una elocuencia que dice más que todas las garrulerías que pudieran formularse en elogio de quien los ha realizado.

A esto agréguese el buen estado de la hacienda pública, comprobado con el hecho de haber una existencia en caja de \$ 250,833.77, la rapidez y facilidad con que

se sigue haciendo la amortización de la deuda del Estado y el nuevo presupuesto de egresos para el año fiscal de 1905 y 1906, que asciende á \$946,212.50, y se tendrá una idea, aún más completa, de la patriótica labor del Sr. Creel y de la grande y creciente prosperidad por que atraviesa Chihuahua.

*
* *

Trae la *Revista Internacional Ilustrada Latino-Americano-Europea*, de Santiago de Chile, una nota bibliográfica sobre el libro *Patria*, editado no ha mucho por el Sr. Francisco Trentini, en esta ciudad, y de los pensamientos en él publicados, especialmente los del Sr. Gral. Díaz y el Lic. Don Justo Sierra, se expresa en estos términos:

En un volumen —que es importante bajo todos aspectos y es hermoso por las significativas alegorías y demás ilustraciones que lo adornan, y por el material de lectura que contiene, y que nos han enviado sus editores —encontramos un pensamiento del ilustre General Porfirio Díaz, que es un elevado criterio histórico y un sano principio político emitido por un hombre de Estado que gobierna, hace más de un cuarto de siglo, con principio de sincero liberalismo y con una administración encaminada á fomentar el espíritu del trabajo y el progreso del país.

Y, dos páginas más adelante, encontramos cortas, pero luminosísimas líneas del ilustre Lic. Justo Sierra, las cuales son como el marco de oro y de piedras preciosas de un verdadero himno á Italia, un himno que sale de un corazón de poeta, del fondo de un ánimo profundamente pagano, de lo íntimo de un alma que encierra los cimientos más sólidos de la cultura clásica y los ardores más vivos de los ideales de una juventud que es la siempre viva en algunos seres privilegiados.

El volumen de que nos ocupamos, se titula *Patria*, y ha sido publicado en celebración del aniversario del XX Septiembre, destinándose los fondos que se obtienen de la venta, para el Hospital Italiano en México.

*
* *

En Matanzas, Cuba, acaba de aparecer una nueva revista, ilustrada, que lleva el título de *Arte y Sport*.

Es culta, amena, y de elegante factura tipográfica.

*
* *

La Propaganda Ilustrada, es una revista mensual de literatura, artes é industrias, que el venezolano Don Luis R. Guzmán ha empezado á editar en Nueva York.

Cuenta este periódico con la colaboración distinguida de muchos de los más notables escritores de la América latina, y en sus primeros números vemos las firmas de Nicanor Bolet Peraza, Alirio Díaz Guerra, José é Ignacio Vargas Vila, etc.

He aquí cómo juzga la revista teosófica, madrileña, *Sophia*, el último libro de Anatole France:

«Aparentemente se trata de un libro insignificante de vaga y amena literatura. Se abre la cubierta y en seguida se observa que las trescientas veintitantas páginas que siguen son una ampliación de estas admirables palabras que constituyen el núcleo de la obra y que, á modo de dístico y sentencia, la encabezan:

Tú pareces haber dormido sobre la piedra blanca, en medio del país de los sueños.»—Filopatris XXI.

Cinco espíritus escogidos, símbolo cada uno de las fuerzas más superiores y emancipadas de la cultura, un diplomata, un literato, un exquisito, un ingeniero y un *dernier* entusiasta se congregan bajo el Foro romano para charlar platónicamente, sin más norte en sus charlas que sus propios estudios y sus propios sentimientos.

Los personajes no disputan, como en los diálogos de Platón, ni van á defender la más antigua idea de su espíritu como en los diálogos de Leibnitz, de Schelling, de Leopardi, de Renán, como en todos los diálogos que han escrito los filósofos para exponer sus ideas. Los personajes de Anatole Fran-

ce hablan reposadamente, sin disputar; sus palabras acuden al discurso en aquel instante como la mejor enseñanza que han obtenido hasta entonces, y sin temor á una réplica exponen sus sentidas razones.

Casi todos han dormido sobre la piedra blanca del país de los sueños, y en ese mundo, en ese *plano* superior al corriente, han adquirido una suprema tolerancia y una suprema justicia.

En estas páginas hay dos relatos, dos Memorias que leen sus propios autores, y constituyen el fondo de la obra: una de ellas, *Galión*, resurrección felicísima de la Roma de Séneca, es un estudio acabadísimo de lo que podríamos llamar el esoterismo estoico. En este sentido, la obra de Anatole France es verdaderamente magnífica, superior á todo elogio y digna de leerse repetidas veces. No se ha hecho un estudio más admirable de la filosofía de Séneca, ni una crítica más consciente del pretendido cristianismo de los estoicos cordobeses.

La segunda Memoria está consagrada al porvenir. Es el sueño del hombre nuevo, su preocupación constante. La preocupación de Tomás Moro, la de Campanella, la de Edward Bellamy, la de William Morris, la de H. G. Wells, la del mismo Anatole France, que espera un perfeccionamiento moral y económico tras las imperfecciones presentes.

Y tanto en la resurrección del pasado como en la soñación del futuro, el autor ha esparcido en esas páginas una multitud de suscitaciones que desde luego son — ¿por qué no decirlo? — firmemente teosóficas, aunque el autor no haya querido hacerlas intencionadamente. Intencionadamente, no sin conciencia.

Nuestros lectores se habrán dado cuenta, sin duda, de que se trata de *Sur la pierre blanche*.

*
* *

Comunica á sus lectores el corresponsal en Londres, de *La Correspondencia de España*, la noticia de que la Sra. Northestk

Wilson ha descubierto nada menos que el color de los pensamientos humanos.

Una noche, dice, la Sra. Wilson notó, á favor de la obscuridad, que sus manos emitían rayos luminosos. De pronto se juzgó enferma de los ojos; pero un oculista, á quien consultó, le aseguró que los tenía enteramente sanos. Como sir Oliver Lodge le asegurara que su amigo Blondlot había observado el mismo fenómeno, se tranquilizó, y siguiendo sus experiencias durante diez y ocho meses, llegó á obtener los más felices resultados.

Con el auxilio de una pantalla de cartulina, tratada con sulfito de calcio é irritada bajo la acción de la luz eléctrica, asegura la precitada señora, se obtiene el color de los pensamientos. Para esto, basta acercar los dedos á la pantalla y el lado opuesto se ilumina luego con el color de nuestros pensamientos.

Los rayos varían en forma y en color, según las varias emociones del alma de los que se someten á la experiencia.

Así, por ejemplo, el rojo intenso significa pasión; el rosa, bondad; el naranja, ambición; el azul intenso, reconcentración de pensamiento; el amarillo, amor al arte; el gris, ansiedad ó depresión; el pardo, lujuria, codicia; el azul celeste, religiosidad; el verde claro, mente progresiva, individualidad; el verde oscuro, enfermedad mental ó física.

La Sra. Wilson enseña, á todo el que lo desea, las pantallas que prueban la veracidad de su sensacional descubrimiento.

*
* *

Comienza á publicarse en Cali, Colombia, una revista quincenal, literaria, que se titula *El Día Literario*.

Desde su primer número se ha distinguido por lo selecto de su material y por su amenidad, cada día creciente. El último que hemos recibido no puede ser mejor, bajo su modesta apariencia.

L. C.

redondo para cerciorarse de quién había sido el que le dió en la espalda con tal fuerza. Y durante un momento pasaron ante sus ojos las casas, los invernaderos, los jardines, y algunas personas que le observaban desde las ventanas: todo bailaba en su retina, de una manera temible y misteriosa. Dió unos traspies, levantó y dejó caer su maza y se agarró el pecho. El dolor le tenía deshecho y descompuesto. ¿Qué era aquello rojo y húmedo que manchaba su manaza?

Un hombre que le acechaba por una ventanilla observó en su cara, en sus ojos llorosos y fijos, una expresión de desaliento al verse la sangre que cubría sus manos; luego se le doblaron las piernas y cayó al suelo con un ruido terrible. ¡Fué la primera de las ortigas gigantes arrancadas por la mano vigorosa de Caterham, y la que menos creyó éste tener en su poder!

CAPÍTULO IV

Los gigantes luchan.

I

El éxito que coronó las medidas tomadas contra el joven Caddles, el gigante estúpido que se dejó coger en la ratonera preparada por Caterham y las gentes pequeñas, determinó en éstas el momento oportuno para tomar con empeño la destrucción del resto, del núcleo principal, mejor dijéramos, de los seres humanos productos de la Herakleofobia; y á ello fué debido que el tal Caterham, tomando la ley por su cuenta, mandara prender al ingeniero Cossar y al sabio Redwood, porque, no contentos con haber producido aquellas descomunales personas, las alentaban en sus propósitos contra el orden de cosas establecido por el ordinario pasar de los tiempos. Cossar se le escapó á Caterham de entre los dedos; pero, en cambio, logró tener al viejo Redwood á su disposición.

Redwood había estado sometido á cierta ligera operación, por una enfermedad que sufría en un costado, y los médicos ordenaron que se le ocultara todo lo que pudiera disgustarle, hasta que entrara en franca convalecencia. Dado ya de alta, le encontramos ahora en el preciso momento en que acababa de levantarse de la cama, y sentarse junto al fuego para leer un montón de periódicos. Por ellos se enteró, por la primera vez, de la agitación que reinaba en el país, con la subida al poder de Caterham, y del peligro que amenazaba á su hijo y á la princesa, perseguidos ambos por la policía, envalentonada, como ya queda dicho, ante la muerte del joven Caddles.

Los últimos periódicos que poseía Redwood, predecían vagamente los acontecimientos que habían de sobrevenir. El sabio leía y releía, dominado el corazón por la angustia, los primeros anuncios de la calamidad, y veía en ellos la muerte cada vez más perceptible; y en tal situación se hallaba, ocupado su espíritu, y embargado hasta recibir noticias más recientes, cuando vió entrar en la habitación al delegado y á sus policías, seguidos de una sirvienta. Levantó con ansiedad la cabeza, y dijo, absorto su pensamiento en lo que había estado leyendo:

—Creí que me traían un periódico de la noche.

Y luego, poniéndose en pie, y con un brusco cambio de ademán, preguntó:

—¿Qué es esto?

Después de lo cual, se enteró Redwood de que los delegados habían ido hasta su casa con un coche para llevárselo; pero cuando vieron que acababa de levantarse de la cama, decidieron dejarle un día más, hasta que pudiera ser trasladado sin peligro. Mas no por eso dejaron en libertad en su casa al sabio, sino que ocuparon las habitaciones y las convirtieron en prisión temporal. Era aquella la misma casa donde había nacido el gigante Redwood, y en la que fué suministrada por primera vez la Herakleofobia á un ser humano. A Redwood se le había muerto la mujer, después

del nacimiento de su hijo, y hacía ya ocho años que vivía solo en las citadas habitaciones.

El delegado se encontró con un hombre encanecido, de barba gris puntiaguda, ojos castaños llenos de vivacidad, esbelto y de voz suave; pero cuyas facciones tenían esa cualidad indefinible que sólo adquieren los que piensan incesantemente en grandes cosas. Y el tal polizonte se encontró con que la apariencia del sabio ofrecía extraño contraste con la enormidad del delito que se le imputaba.

—Aquí tienes á esta buena pieza —dijo el inspector á su subordinado,— que ha hecho cuanto le ha sido posible para trastornar lo existente, y, sin embargo, presenta la cara tranquila y bondadosa de un caballero campesino. ¡En cambio, el juez Aungbrow, que es el que mantiene el orden y la tranquilidad pública, tiene cabeza de puerco espín! Y observa lo diferentes que son los modales de ambos: el primero, cortés y afable; el segundo, gruñendo siempre, y siempre lleno de aspereza. Esto demostrará que no hay que fiarse de las apariencias, sean las que quieran!

Los policías encontraron á Redwood al principio, molesto y rebelde, hasta que al fin le declararon que era inútil que les pidiera más periódicos ó noticias, pues no los conseguiría. Inspeccionaron su despacho, y se llevaron hasta los papeles que tenía.

Redwood se excitaba levantando la voz, y suplicante repetía continuamente estas palabras:

—Pero ¿no ven ustedes que se trata de mi hijo, mi único hijo, que se halla en peligro? No me importa lo que hagan del alimento. ¡Lo que á mí me interesa es mi hijo!

—Quisiera poder tranquilizar á usted—contestaba el policía,—pero tenemos órdenes severísimas. . . .

—¿Quién ha dado esa orden?—exclamaba Redwood.

—Eso, caballero —le interrumpía el polizonte dirigiéndose á la puerta y dejando solo al sabio.

—Se pasea de un lado para otro,—decía luego el otro guardia cuando bajó el delegado.

—Eso es bueno, porque se apaciguará un poco. Y me alegraré que así sea—decía el jefe,—pues no he sabido hasta ahora que el gigante que se halla en relaciones con la princesa, fuese el hijo de este hombre.

Los dos se miraron, y contemplaron luego á un tercer colega durante unos momentos.

—La verdad es que la cosa es algo dura para el infeliz,—observó este tercer guardia.

Por fin, llegó á darse cuenta Redwood, aunque imperfectamente, de que se había levantado entre él y el mundo exterior una muralla de hierro. Sus vigilantes le oyeron acercarse á la puerta, andar en la cerradura, mover el pestillo, hasta que el centinela que estaba en el descanso de la escalera le llamó al orden, diciendo que de aquella manera agravaría inútilmente su situación. Luego, observaron los guardias cómo Redwood examinaba las ventanas, lo que hizo levantar la cabeza á los policías que se hallaban al exterior de la casa.

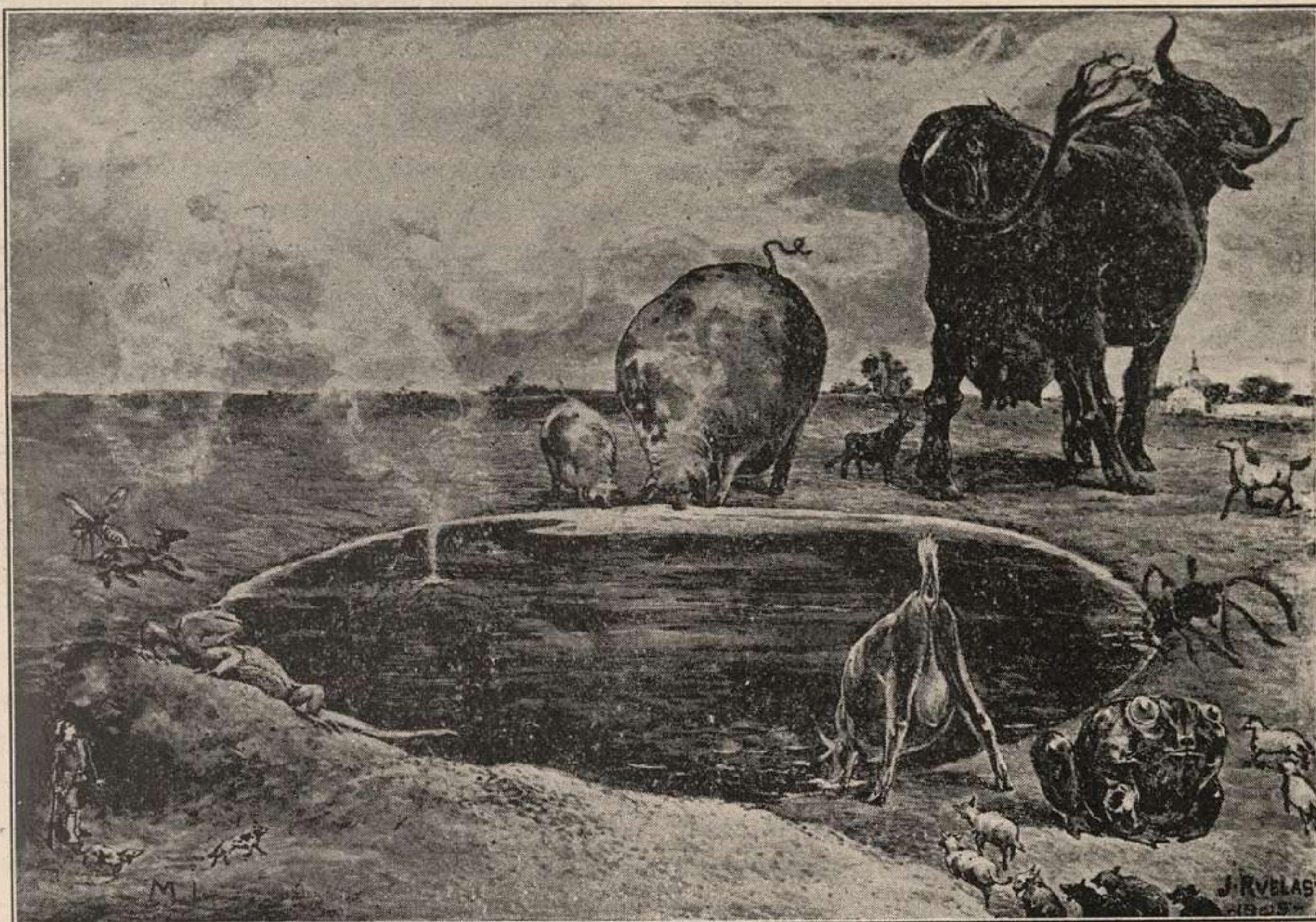
—No siga usted por ahí,—oyeron decirle al jefe de éstos.

Entonces, Redwood agarró el cordón de la campanilla. Subió el jefe á explicarle con la mayor paciencia, que se perjudicaba tocando de aquel modo la campanilla, pues cuando verdaderamente necesitara algo, no se le atendería, creyendo que llamaba sin motivo.

—Tenemos orden de atenderle á usted en todo lo que sea razonable,—terminó el delegado.—Pero si usted se empeña en tirar del cordón por vía de protesta, nos veremos obligados á interrumpirle este medio de comunicación.

Las últimas palabras en tonos agudos que escuchó el policía, fueron:

—¡Pero decidme al menos si mi hijo!....



II

Después de esto, Redwood se pasaba las horas pegado á las ventanas, y desde ellas no pudo apreciar datos por los cuales pudiera conocer la marcha de los sucesos: la calle era de poco tránsito, y solamente pasaron por allí en aquella mañana, un simón y un vendedor ambulante.

De vez en cuando, veía Redwood algún transeunte pacífico, cuyo aspecto no revelaba que ocurriese algo extraordinario. También pasaron por allí niños y una niñera, y una mujer que iba de compras. Entraban todos ya por la derecha, ya por la izquierda, bajando la calle con una exasperante indiferencia hacia todo lo que no les fuera de interés propio; miraban con espanto la casa rodeada por la policía, y se iban en dirección opuesta, volviendo la cabeza y señalando con el dedo. En alguna que otra ocasión, veía Redwood cómo se acercaba un hombre á la policía, hacía unas preguntas, y recibía contestaciones secas y breves.

Las casas de enfrente parecían muertas. Una sola vez vió á una criada que se acercó á la ventana de un dormitorio, y se quedó un momento contemplando la calle. Y á Redwood se le ocurrió hacerla señas. Durante un rato, la tal criada siguió con interés los gestos del preso, y hasta contestó á ellos vagamente; pero de repente volvió la cabeza y desapareció. También vió Redwood salir á un viejo de una de las casas contiguas, que bajó trabajosamente los peldaños y torció á la derecha, sin levantar los ojos del suelo. Y, durante diez minutos después, fué un gato el único transeunte que observó el sabio.

En estas pequeñeces iba transcurriendo aquella interminable y monótona mañana, cuando á las doce del día oyó Redwood los gritos de los vendedores de periódicos en la calle vecina. Contra su costumbre, pasaron de largo los tales vendedores sin entrar en la calle de Redwood, y éste sospechó que la policía tendría cerrada la entrada. Trató de abrir la ventana, pero esto hizo entrar á un polizone en el acto. Y después de un

abismo de tiempo, en el reloj de la parroquia próxima sonó la hora de la una de la tarde.

Fueron entonces á ofrecer á Redwood el almuerzo, del que sólo comió un bocado, revolviendo luego los majares para que se los llevaran pronto. Después cogió una silla, y sentó de nuevo junto á la ventana. Los minutos se convirtieron en inmensidades de tiempo, y Redwood acabó por echar un sueñecito, del que al cabo despertó con la impresión vaga de lejanas concusiones.

Notó durante un minuto el retemblar de los cristales, como si hubiera un terremoto, y en seguida volvió á reinar el silencio, hasta que muy luego se repitió el temblor y cesó después de otro minuto. Creyó entonces Redwood que estos ruidos los produciría el paso de algún pesado vehículo por la calle. ¿Qué otra cosa había de ser?

Pero después de un rato, hasta dudó de haber oído semejante ruido, y se puso á discutir sin cesar consigo mismo. ¿Por qué estaba preso, después de todo? Caterham era poder hacía dos días. ¿Y este era tiempo suficiente para arrancar las ortigas?

—¡Arrancar las ortigas!—repetía Redwood.

La frase jugueteaba en su cerebro.

—Y, al fin, ¿qué podrá hacer Caterham? Es un hombre religioso, y esto le obligará, en cierto modo, á no emplear la violencia sin tener una razón legítima. ¡Arrancar las ortigas!—repetía Redwood.

Quizás se tratará sólo de apoderarse de la princesa y enviarla al extranjero; su hijo acaso fuera molestado también.... Mas, ¿para qué lo habían prendido á él? ¿Qué necesidad había de hacerle ignorar lo que estaba sucediendo?

Esto daba lugar á que Redwood imaginara cosas más graves. Acaso pensarían también apoderarse de todos los gigantes y tenerlos presos. Ya se habían hecho alusiones á este propósito en los discursos electorales... ¿Y luego? Sin duda alguna, habrían prendido á Cossar....

—¡Pero Caterham es un hombre religioso!

A esta idea se aferraba Redwood obstinadamente. El fondo de su cerebro semejaba un cortinón negro sobre el que aparecía y desaparecía una palabra, palabra escrita en caracteres de fuego. Continuamente luchó contra esa palabra que comenzaba á destacarse sin acabar de hacerse visible. Y acabó por mirarla frente á frente, leyendo: *¡Exterminio!*

Tal decía la palabra, clara, legible, en toda su espantosa brutalidad.

¡No! ¡No! ¡No! Eso era imposible: siendo Caterham un hombre religioso, culto y civilizado, ¿cómo iba á producir exterminios después de tantos años, después de tantas esperanzas?

Redwood se puso en pie de un salto y empezó á pasear por la habitación. Hablaba y gritaba:

—¡No! ¡No! La humanidad no puede llegar á tal extravío. ¡Es imposible, increíble, no puede ser! Tengo que desechar esa idea—decía en voz alta,—es preciso que la deseché en absoluto.

De pronto se quedó parado. ¿Qué era aquello? Las ventanas retemblaban de nuevo. Se acercó á la suya para mirar á la calle. En frente vió inmediatamente la confirmación de lo que había oído. En la casa número 35 había una mujer con una toalla en las manos, y en el 37 un hombre asomado á la ventana de su comedor, ambos escudriñando la calle de arriba á abajo, entre asustados y curiosos. Observó entonces Redwood que también el policía de la calle le había oído. Y volvió á internarse en la sombría estancia.

—¡Descargas de fusilería!—dijo.

Volvió á quedarse pensativo, hasta que al cabo de tres ó cuatro minutos le entraron té fuerte como él acostumbraba á tomarlo: era evidente que su ama de llaves había sido consultada. Después de tomar aquella bebida, se sintió demasiado nervioso para permanecer sentado junto á la ventana, y siguió paseándose por la habitación y entregando su espíritu con mayor actividad á la reflexión.

Aquella habitación había sido su despa-

cho hacía veinticuatro años. La había amueblado cuando se casó, y de esa fecha eran su grande y complicado pupitre, su silla giratoria, su sillón de la chimenea, su librería móvil y su estantería con índice, que llenaba el fondo del cuarto. La alfombra turca de vivos colores, lo mismo que las pieles y cortinajes, habían bajado de color, produciendo el efecto de cierta dignidad y riqueza. El cobre y el bronce relucían con las llamas de la chimenea. La luz eléctrica había reemplazado á la lámpara, ya anticuada; y ésta era la principal reforma hecha en la instalación original. Entre todos estos objetos quedaban rastros abundantes de la Herakleofobia; á lo largo de la pared y por encima del zócalo había una línea de retratos y fotograbados, encerrados en marcos negros, que representaban al hijo del sabio, á los hijos de Cossar y á otros que habían tomado el alimento, en diferentes edades y posiciones; también el joven Caddles, con su cara aveludada, ocupaba su puesto en la colección; en un rincón había una gavilla de espigas de la yerba gigante de Cheasing Eyebright, y sobre un pupitre se conservaban tres cálices vacíos de amapola, del tamaño de un sombrero; el tremendo cráneo del cerdo monstruo de Oakham colgaba á manera de tapete de marfil, con el morro hacia abajo, sobre el fuego.

Redwood se dirigió hacia las fotografías y contempló particularmente las de su hijo, que le recordaban nuevamente innumerables episodios que había olvidado de los comienzos del alimento, llevándole á la memoria la tímida presencia de Bensington, de la prima Juana y de Cossar y los trabajos nocturnos en la granja experimental. Todo esto lo vió claro y distinto, como lo que se ve á través de un telescopio en un día en que la atmósfera es diáfana. Luego, recordó la infancia de su hijo gigante, los esfuerzos de éste para hablar y sus primeras caricias y muestras de afecto. Y entonces le iluminó el cerebro la idea de que allá fuera, lejos de aquel maldito silencio que le rodeaba, estaban luchando por la vida sus hijos y los de Cossar, y que acaso en aquel

momento su hijo estaría en horrible situación, prisionero, herido ó muerto.

Se alejó de los retratos y empezó á recorrer la habitación, gesticulando con violencia.

—¡No puede ser!—gritaba,—¡No puede ser, no puede terminar de este modo!

Y de esta manera repetía ese grito terrible que siempre ha sido arrancado de innumerables bocas humanas y que se oye continuamente sin que llegue nunca la razón que lo explique: «¡Esto no puede quedar así!»

Pero, de pronto, Redwood se mostró inmóvil y rígido.

—¿Qué ha sido eso?—preguntóse ante el retemblar de los cristales, que volvió á sentirse.

Luego, siguió un estrépito, algo así como un choque formidable que movió toda la casa. La conmoción le pareció á Redwood que duraba un siglo. Debió haber ocurrido muy cerca de donde él estaba. Durante un momento, creyó que algo había chocado contra la casa por encima de él: sintió un golpe enorme, que se resolvió en un estallar de los cristales, que saltaron hechos pedazos; luego, silencio, turbado inmediatamente por los pasos precipitados de la gente que corría por la calle. Entonces Redwood se acercó á la ventana y su corazón latió con fuerza, cual si estuviera bajo la presión de una crisis, de un hecho consumado que le aliviara; pero al notar que nada podía hacer desde la prisión en que estaba encerrado, sintió otra vez el tenebroso cortinón sobre su ánimo.

El desdichado sabio nada pudo ver de lo que ocurría fuera; pero como observara que la lámpara de enfrente no estaba encendida, sospechó que reinaba la alarma, ayudándole á interpretar aquel misterio un resplandor rojizo que vió dilatarse en el cielo, de Sur á Este, y que aumentaba y disminuía de tal modo y tan rápidamente que hasta llegaba á dudar si lo había visto. Esto le preocupó mucho, y la preocupación crecía según aumentaba la obscuridad, llegando á constituir fenómeno predominante en aque-

lla interminable noche de ansiedad. A veces, le parecía que la claridad tomaba el movimiento de llamas; otras, sólo lo creía reflejo del alumbrado. Lo cierto fué que seguía el resplandor creciendo y disminuyendo durante las inacabables horas de la noche, y que sólo desapareció cuando se mezcló con la aurora rosada del nuevo día.

¿Qué significaba esto? Ciertamente, que el resplandor debía provenir de algún incendio, próximo ó lejano; pero no podía distinguir el observador si era humo ó eran nubarrones lo que á ratos obscurecía el horizonte. A eso de la una de la madrugada empezó un movimiento de reflectores eléctricos al través de aquella atmósfera rizada, el cual continuó durante toda la noche. Esto también tendría su significación, y así fué como el espíritu de Redwood no tuvo aquella noche otra preocupación que la contemplación del cielo alborotado y rojo y la presunción de una tremenda catástrofe. Y al cabo no hubo más ruidos ni más carreras, sino sólo los gritos que podían provenir de la algarabía distante de algunos borrachos.

Redwood encendió luz en su habitación. Clavado junto á la ventana rota, por la cual penetraba el aire, presentaba una silueta negra y extraña al polizonte que le vigilaba y que de vez en cuando entraba en su cuarto para aconsejarle que se acostara. Toda la noche la pasó Redwood apoyado en tal disposición, contemplando las distintas coloraciones del cielo; y sólo cuando empezó á amanecer se rindió á la necesidad del descanso, echándose sobre la cama que le habían preparado entre el pupitre y la chimenea, precisamente debajo del monstruoso cráneo del enorme paquidermo.

III

Durante treinta y seis horas permaneció Redwood en su prisión, encerrado y apartado del gran drama que la gente minúscula, en el amanecer de la grandeza, realizaba contra los hijos del alimento.

Bruscamente, abrióse el férreo cortinón

que separaba á Redwood del mundo, y el sabio se halló de pronto en medio de la lucha tan inesperadamente como repentinamente quedó alejado de ella. A la caída de la tarde, Redwood se dirigió á la ventana, atraído por el ruido de un coche que paró allí mismo. Un joven bajó, y entró á los pocos minutos en la habitación del prisionero. El visitante, que parecía tener treinta años de edad, estaba bien afeitado y bien vestido, y en sus maneras brillaba la distinción.

—Mr. Redwood,—dijo á éste.—¿Consentiría usted en ver á Mr. Caterham? Este necesita hablar á usted con suma urgencia.

—¿Necesita verme?

Esta pregunta ocupó un momento el espíritu de Redwood, que en aquel instante ni se atrevió á respirar. Vaciló, y luego con voz turbada continuó:

—¿Qué ha hecho de mi hijo?

Y esperó anhelosamente la respuesta del joven.

—¿Su hijo de usted, caballero? Está bien. Por lo menos suponemos que está bien.

—¿Está bien?

—Fué herido, señor, ayer... ¿Acaso no oyó usted la fusilería?

Redwood dejó á un lado toda clase de consideraciones, y con voz, no ya temblorosa por el temor, sino vibrante de cólera, dijo:

—¿Usted sabe muy bien que yo no he oído nada, ni sé nada!

—Mr. Caterham temía, señor... Fué un momento de alzamiento que nos sorprendió á todos. Y Caterham mandó prender á usted para salvarle de cualquier accidente.

—¿Me mandó prender para impedirme que avisara ó aconsejara á mi hijo!... Pero, continúe usted, cuénteme todo lo sucedido. ¿Han tenido ustedes éxito? ¿Han matado á todos los gigantes?

El joven dió unos pasos hacia la ventana, y volviéndose luego dijo concisamente:

—No, señor.

—Entonces, ¿qué tiene usted que decirme?

—Eso prueba, señor, que esta lucha no fué planeada por nosotros. Ellos la provocaron, porque nos encontraron completamente desprevenidos . . .

—¿Qué quiere usted significar con eso?

—Quiero decir, señor, que los gigantes se han sostenido hasta cierto punto.

El mundo cambió entonces para Redwood. Durante un momento, algo parecido al histerismo, dominó los músculos de su cara y de su cuello; luego dió salida á un profundo suspiro. Su corazón saltaba de regocijo.

—¡Los gigantes se han sostenido!—decía admirado.

—Ha sido una lucha horrible, una destrucción completa. ¡Todo se basa en una horrible mala inteligencia. En el Norte y en el centro de la capital los gigantes han sido muertos por todas partes.

—¿Y luchan aún en estos momentos?

—No, señor. Ha habido una tregua.

—¿La pidieron ellos?

—No, señor. Fué Caterham quien pidió la suspensión de hostilidades. ¡Todo se basa en una espantosa mala interpretación! Y por eso desea hablar con usted, para explicarle el caso Los gigantes insisten en que intervenga usted.

Redwood le interrumpió preguntándole:

—¿Sabe usted de cierto lo que ha ocurrido á mi hijo?

—Ha sido herido.

—Cuénteme, cuénteme.

—Él y la princesa llegaron antes de que el cerco del campamento de Cossar, que ya se preparaba, estuviera completo . . . ¡Ya conoce usted el hoyo de los Cossar en Chiselhurst! Llegaron repentinamente, abriéndose paso á través de la espesura inmensa de las encinas gigantes, junto al río, donde había una columna de infantería. Los soldados estaban nerviosos, y la aparición de la pareja gigante les produjo cierto pánico . . .

—¿Y dispararon sobre ellos?

—No, señor, que huyeron en cuanto vieron al hijo de usted y á la princesa. Hubo soldados que al huir dispararon, pe-

ro lo hicieron sin saber lo que hacían, locos, frenéticos, desobedeciendo las órdenes recibidas . . .

Redwood hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—¡Es la verdad, señor! Pero la orden de no disparar no fué por el hijo de usted . . . ¡Eso no pretendo hacérselo creer! Fué por la princesa . . .

—Eso sí que es verdad,—observó Redwood.

—Los dos gigantes salieron corriendo y dando gritos hacia el campamento, saltando un vallado de zarza del Boomfood. Los soldados corrieron de un lado para otro, y algunos empezaron á disparar . . . Dicen que le vieron dar un traspies Pero sabemos que no está herido de gravedad, porque ha enviado un recado diciendo que se encuentra bien.

Redwood quedóse un minuto con los brazos fuertemente apretados y la mirada fija, como si hubiera de digerir lo que había oído. Su indignación encontró al fin palabras, y dijo:

—¡Habéis sido unos estúpidos en hacer lo que habéis hecho! Habéis echado mal las cuentas y lo habéis estropeado Y de los demás, ¿qué ha sido de los demás?

—¿Los otros gigantes, dice usted? Trece de ellos han muerto, y algunos han sido heridos.

—¿Y el resto de los hijos del alimento?—dijo Redwood anhelante.

—Algunos volvieron al campamento durante la lucha Al parecer, sabían

—¡Claro que lo sabían! ¡Si no hubiera sido por Cossar, los hubiérais exterminado á todos! Y Cossar, ¿está allí?

—Sí, señor Y allí están también todos los gigantes que han sobrevivido Los que no pudieron llegar al campamento durante la lucha, irán ahora acompañando á la bandera de suspensión de hostilidades.

—¡Esto significa, pues—dijo Redwood,—que habéis sido derrotados y vencidos!

—¡No hemos sido vencidos, caballero! ¡No, señor, no puede usted decir que he-

mos sido derrotados! . . . Pero los hijos de usted han roto la ley de la guerra una vez en la pasada noche, y otra vez ahora: después de haber cesado nosotros en el ataque, ¡han empezado esta tarde el bombardeo de Londres!

—Eso es legítimo,—replicó Redwood.

—¡Han bombardeado á Londres con bombas llenas de veneno!

—¿Veneno?

—Sí, veneno, el alimento . . .

—¿La Herakleofobia?

—Sí, señor, y el señor Caterham . . .

—Están perdidos. Evidentemente este es el último golpe. ¿Qué van ustedes á hacer ahora? Respirarán eso que ellos arrojan con el polvo de la calle. ¿Para qué luchar más? ¡Las reglas de la guerra! Y, ahora, trata de sobornarme para que yo le ayude á negociar . . . Y, ¿por qué diablos iría yo á ayudar á esa vejiga rota? Ya jugó su último triunfo. Ha asesinado, ha quemado todo. ¿Por qué habría yo de ayudarle?

El joven lo escuchaba con muestras de un atento respeto.

—El hecho es, señor —interrumpió,— que los gigantes insisten en ver á usted. No quieren otro embajador que usted. Si usted no va á verlos. . . . Yo temo, señor, que la sangre siga derramándose.

—Del lado de ustedes, quizá.

—No, señor, de los dos lados. Todo el mundo está resuelto á poner término á estos abusos.

Redwood recorrió con la mirada su oficina. Sus ojos detuviéronse un instante sobre un retrato de su hijo. Se volvió y, encontrándose con la mirada interrogadora del joven, respondió por fin:

—¡Voy!

IV

La entrevista del sabio Redwood con Caterham fué, en absoluto, diferente de lo que aquél esperaba. Sólo dos veces le había visto en su vida: una, en un banquete, y otra, en el vestibulo de la Cámara de los Comu-

nes. Su imaginación no llegó á preocuparse de la persona real del político, tal como en sí era, sino del tipo que habían creado los periódicos y caricaturistas, del Caterham legendario, del «Jack, matador de gigantes,» del Perseo maravilloso de aquellos tiempos: la personalidad humana había perdido todo su valor ante la grandeza de la fábula. Pero ahora no era el rostro de las caricaturas ni retratos lo que Redwood tenía delante, sino el de un hombre agotado por la fatiga y la falta de sueño, lleno de arrugas, amarillo hasta lo blanco de los ojos y con cierta expresión de laxitud en los labios.

Conservaba, en efecto, sus ojos castaños, su pelo negro y el característico perfil aguilado del gran demagogo; pero se veía también en él algo que daba al traste con el desdén premeditado y con todo discurso preparado en contra suya. El hombre sufría, sufría en lo más hondo: se hallaba bajo un peso enorme. Desde el principio, reveló el predominio de su persona; pero, poco después, demostró con un solo gesto, con un solo movimiento imperceptible, que se sostenía á fuerza de drogas. Llevó su pulgar al bolsillo del chaleco y, luego, después de decir algunas frases y dejando de ocultarse, deslizó una pastilla entre sus labios.

Por lo tanto, á pesar de las preocupaciones que le agobiaban, á pesar de los hechos que demostraban su error, y de ser doce años más joven que Redwood, aquella extraña cualidad suya — que pudiéramos llamar, á falta de término mejor, *magnetismo personal*— seguía preponderante en él, y le había llevado al profundo desastre en que se encontraba. Con esta cualidad también había dejado de contar Redwood.

Desde el principio, según el sesgo que iba tomando la conversación entre ambos, Caterham dominaba á Redwood, siendo determinada por él toda la fase, el tono y el carácter de la entrevista, que se desarrollaba como si fuera la cosa más natural. Las esperanzas de Redwood desaparecieron en su presencia. Caterham le había dado un apretón de manos antes de que Redwood pensara en rechazar tal familiaridad, y subió